



POLÍTICA DEL TALLER.

LA MUJER EN LAS FÁBRICAS.

I.

No ha habido otro siglo tan aficionado como el nuestro á traer y llevar á la mujer en libros y papeles públicos, ni que más haya disertado sobre su condicion y el destino que deba cumplir en la sociedad. Sin grande esfuerzo podrian los eruditos formar una selecta biblioteca con la multitud de volúmenes consagrados á aquel asunto de veinte años á esta parte. Todos los géneros de literatura han concurrido al estudio de la mujer, y prescindiendo de la poesia y el arte dramático que siempre la dieron marcada preferencia. De su *historia* se ha encargado M. Legouvé: de su condicion *civil* M. Duverger y M. Gide: de su capacidad administrativa Mittermayer. En su retrato *moral* se han ejercitado doc-tísimas plumas con muy diversos móviles y gran variedad de fines. Mlle Daubié lo ha trazado con juicio sereno y un corazon exento de las pasiones de escuela: Pelletan ha hecho un estudio precioso de la *Madre*: Bargemont y Perin han discutido la mujer con el criterio de la llamada Economía política cristiana: el P. Félix, con el sabor místico de la oratoria del púlpito: Severo Catalina, aplicando á fondos antiguos un cierto barniz moderno: Monseñor Dupanloup, con un profundo estudio del corazon humano y del siglo: Michelet, con la sublime exaltacion de un alma condolidada de los sufrimientos sociales. El destino *político* de las mujeres nos ha proporcionado un libro original de John Stuart Mill, y unas páginas más brillantes que profundas de M. Baudrillart; y finalmente, *como operaria*, la mujer ha sido ámpliamente examinada por una pléyada de escritores ilustres: J. Simon, Le Play, Monnier, Emilio Laurent, Reybaud, P. Leroy-Beaulieu, A. Cochin.

Con tan rico caudal que le hubieran envidiado otras edades, no se ha dado por satisfecha la causa de la mujer; y como si no le bastara el campo de las letras, se ha lanzado á un teatro más animado, buscando el ruido de las asambleas políticas y otras juntas populares. Allí fué tomando cuerpo la doctrina de la emancipacion, asunto no tan nuevo como algunos imaginan, pues ya lo patrocinaron en los siglos XVI y XVII dos ó tres ingenios originales,

cuyas obras yacen olvidadas bajo el polvo de las bibliotecas. Pero los libros mueren y las ideas resucitan. Si es en Inglaterra, el *bluherismo* decreta que la mujer vaya vestida de hombre, y hay *meetings* apasionados en que algunas damas de empuje piden con vigorosa palabra el derecho de sufragio para su sexo. El Parlamento, dócil á la voz de Mill, casi estuvo á punto de admitir un bill en aquel sentido. Si es en los Estados Unidos, la mujer no vacila en sostener la campaña reformista sin el auxilio del otro sexo; sola descende á la arena con el don de la palabra y el periódico en la mano; sola conquista el voto político en algunos distritos; invade las profesiones liberales, alternando con los hombres en la medicina, en el foro y en el ministerio sagrado; pide plazas de coronel en las milicias, y una más atrevida se decide á presentar su candidatura nada ménos que para la presidencia de la República.

De estos y otros extravíos da buena cuenta H. de Sybel en su profundo libro sobre la emancipacion de la mujer. A mí, en verdad, no me sorprenden: lo que me admira es la extraña contradiccion en que incurren generalmente los emancipadores. Quieren poner á la mujer bajo un pié de absoluta igualdad con el hombre y algunos se adelantan á reclamar la preeminencia. ¿A qué entónces indignarse por la aplicacion de la mujer á la industria? Y es de advertir que los que con más teson la combaten suelen ser los más firmes campeones de la emancipacion. Si no ha de haber distinciones entre los dos sexos, si hemos de compartir con las mujeres toda la faena social, si debemos admitirlas hasta en el gobierno y administracion de los Estados, ¿por qué señalarles un lugar aparte en la vida del trabajo? ¿Es verdad que la mujer ha sido dotada por la naturaleza de toda clase de capacidades? Pues no hay más remedio que reconocer en ella una plena y absoluta *capacidad industrial*. Tan plena y absoluta que no cabrían en ella matices, como tampoco los consienten los novadores en las demas capacidades. Haríamos de la mujer un sér industrial perfecto, acabadísimo y adecuado á todos los menesteres de la fabricacion, sin meternos á averiguar ó establecer diferencias entre el trabajo de la ciudad y el del campo, el doméstico y el de taller, las labores rudas y las fáciles, ni entre aquellas que piden destreza, habilidad y unas manos delicadas y las que requieren solamente energía, vigor y gran caudal de fuerza.

A tal extremo de lógica llegaría yo si la causa de

la emancipacion de la mujer me contase entre sus devotos. Confieso que por este camino abreviaría mucho mi tarea, y tan sencilla sería que casi podría darse aquí por terminada. Prefiero tomar otra senda. Prescindiendo de si es ó no exacto el significado de la palabra emancipacion, aplicado á la mujer moderna, siempre resulta que esta teoría no está en relacion ni con la fisiología ni con el atento estudio de las leyes morales. La mujer y el hombre concurren juntos á *todos* los fines de la vida, pero no de idéntica manera ni por los mismos caminos, sino con dotes y cualidades que varían infinitamente desde la obra material de la generacion hasta las esferas más elevadas del espíritu. El hombre y la mujer se completan, no se confunden; y algo hay de verdad en el dicho sansimoniano de que el sér humano, ó sea el individuo social, reside en la *pareja*. Esto se explicaría fácilmente si pudiese entrar en indagaciones filosóficas que considero extrañas á mi asunto; pero el trabajo está hecho y bástame citar á Tiberghien que ha estudiado atentamente *la parte moral* de la cuestion, y á Bourdon y Nysten que se han fijado más en *su aspecto fisiológico*.

II.

La condicion de *operaria* ha existido en todas las edades, aunque el nombre no haya tenido tanta extension como ahora. La mujer ha tomado siempre parte en la vida industrial, parte más ó menos considerable, más ó menos activa segun el grado de consideracion que cada época ha concedido á la industria. Cuando el trabajo era menospreciado y los griegos y romanos lo confiaban á siervos, las esclavas llevaban su contingente á la manufactura; y si entónces las vemos más generalmente dedicadas á hilar y á coser, es porque en aquellos tiempos en que no existían las grandes industrias, la de las materias textiles formaba la division más importante y la parte más solicitada por el consumo. No puedo presentar mejor tipo de la operaria romana que el de los *Fastos* de Ovidio, cuando pinta á Lucrecia entre sus doncellas excitándolas á concluir pronto un manto destinado á Colatino.

Bajo el Imperio, poseía Roma una especie de *gineceos*, muy distintos por cierto de los de la antigua Grecia, y eran verdaderos talleres donde las mujeres y los hombres se ocupaban juntos en fabricar y ordenar los ajueres de los palacios imperiales, obedeciendo las órdenes del *procurator gynæceiorum*. De otros gineceos más modernos habla M. Leroy-Beaulieu, haciendo notar que las operarias en ellos empleadas no gozaron de muy buena fama desde el siglo IX de nuestra Era.

El sistema gremial no sólo no excluyó de los cuerpos de oficios á las mujeres, sino que en algunos de ellos les consintió obtener plazas de maes-

tras y desempeñar los más elevados cargos de la corporacion. Hablando Capmany de la antigua policia municipal de los cuerpos de artesanos de Barcelona, dice que las mujeres, en todo lo que era compatible con sus fuerzas y el decoro de su sexo, concurrían á fomentar la industria, pero sujetas siempre en la parte técnica al tenor de las ordenanzas de sus respectivos oficios. Es muy frecuente que estas ordenanzas hagan mencion de las operarias. Así, por ejemplo, las del Almotacen en 1393 se refieren indistintamente á los tejedores y *tejedoras* de lino: en 1462 se dispuso que toda *tejedora* que echara á perder alguna tela, había de estar al daño á juicio del Almotacen y cónsules del oficio: en 1448 se ordenó que los examinandos del gremio pagasen por su exámen 10 sueldos si eran hombres *y cinco si eran mujeres*, y en 1466 se fijó el tiempo del aprendizaje en tres años y los derechos de la maestría en tres florines de Aragón para los nacionales, en seis para los extranjeros *y en uno para las mujeres*.

Sin duda por la parte de Castilla la tradicion no había sido tan favorable al trabajo femenino, segun podría colegirse del espíritu que domina en las Reales cédulas de 1779, 1784 y 1790. La de 2 de Enero de 1779 disponía que no se impidiese á las mujeres y niñas aprender las labores y artefactos propios de su sexo, ni vender libremente sus manufacturas. La de 2 de Setiembre de 1784 preceptuaba que todas las mujeres tuviesen facultad general para trabajar en todas las artes y manufacturas compatibles con el decoro y fuerzas de su sexo; y la de 19 de Mayo de 1790 permitía que las viudas de artesanos conservasen sus tiendas y talleres aunque casasen con segundos maridos que no fuesen del oficio de los primeros.

Jovellanos comenta las dos cédulas de 1779 y 1784 en un trabajo luminoso. La de 1779 habilitó á la mujer para todas las labores de su sexo, pero sin señalar ninguna, y así cortó de un golpe, dice aquel insigne escritor, la cadena que había puesto á sus manos la legislacion gremial. La de 1784, expedida á consulta de la Junta general de Comercio y Moneda, trató de concretar la generalidad con que estaba concebida la cédula anterior, y explicó que debían entenderse permitidos á las mujeres todos aquellos trabajos que, no teniendo repugnancia ni con su delicadeza ni con su decoro, debían creerse propios de su sexo. Pero ¿qué límites tiene señalados en el trabajo la delicadeza del sexo femenino y cuáles son los que le traza su decoro? Esto es lo que no acertó á explicar el mismo Jovellanos, á quien la mencionada Junta encomendó un informe sobre el asunto. Si se trata de prohibir á las mujeres todos aquellos trabajos que no convienen á las fuerzas de su sexo, yo no veo la necesidad de esta

prohibición, dice el informante. Donde se cree que un trabajo repugna á la debilidad de estas fuerzas, ciertamente que las mujeres no le emprenderán. «Si hay, añade, algunas artes que repugnen á la decencia del sexo femenino, ciertamente que no las usurparán las mujeres; pues ¿á qué conducirá la prohibición de unos ejercicios que están resistidos por el mismo pudor?»

Para lo que se dirá más adelante, convenía citar esta autoridad, que es una de las más doctas y justamente acatadas de nuestro siglo XVIII, y esto sin prejuzgar lo que pensaría despues el gran Jovellanos, si asistiendo al prodigioso desenvolvimiento de la industria moderna, hubiese visto la participacion cada vez mayor de las mujeres en ella.

No cabe, en efecto, comparacion entre lo que hoy sucede y lo que pasaba en aquellos tiempos y otros anteriores. Si ántes tenía la mujer mediano roce con la industria, hoy no es roce, sino intimidad, y tan estrecha como pueda serlo la de los hombres. Diariamente va en aumento el número de mujeres empleadas en talleres y fábricas; y esta invasion, pues de tal reclama el nombre, ofrece tres caracteres que merecen ser conocidos ántes de entrar en consideraciones sobre el significado y trascendencia de aquel fenómeno social. El primer carácter es que las mujeres no se limitan á los trabajos sedentarios, ni á los ligeros, ni á las industrias textiles, pues entran tambien en aquellas que exigen gran vigor y actividad. El segundo es que en ciertos países industriales las hemos visto, ó las vemos, suplantando á los hombres en las faenas más penosas y repugnantes. Y es el tercero, que al absorber la industria moderna tantas mujeres, parece preferir las más tiernas y delicadas, pues crece en mayor proporcion el número de las de corta edad que entran en la manufactura.

Por desgracia son bastante antiguas las estadísticas que poseemos con relacion á estos puntos; y aunque fuera de desear que las hubiese más modernas, todavía no carecen de oportunidad para que el lector pueda calcular la grande extension del mal. Segun datos oficiales comunicados al Parlamento inglés en 1861, las industrias textiles de la Gran Bretaña y de Irlanda empleaban 467.261 mujeres, cuyo número, comparado con el del otro sexo, daba una proporcion de tres mujeres por cada dos hombres. Tres años más tarde había 280.000 mujeres ocupadas en otras industrias, y juntando ambas cifras, obtenemos un total de 747.000 operarias en todo el Reino-Unido. En España no tenemos otro dato oficial que el censo de 1860; y de él resulta que había en nuestras fábricas 99.728 jornaleros y 54.472 jornaleras. Debemos, no obstante, al laudable celo de algunos particulares otros datos más precisos sobre muy contadas industrias. De ellos se

deduce que en 1862 la industria algodonera empleaba en la provincia de Barcelona 14.881 mujeres sobre un total de 35.770 operarios; en la de Girona 402 sobre 1.245; en la de Tarragona 854 sobre 2.256; en las Baleares 98 sobre 1.609, y en Navarra y Vascongadas 3.281 sobre 8.291. Las industrias lanera y estambrera empleaban en la provincia de Barcelona 1.226 mujeres con un total de 9.127 operarios; en la de Logroño 604 con 2.911; en la de Salamanca 300 con 1.494; en la de Valencia 203 con 1.111, y en Navarra y Vascongadas 381 con 1.741. La industria sedera tenía en la provincia de Barcelona 400 mujeres entre 2.315 operarios, y la de Valencia 1.126 entre 4.113. Finalmente, la industria papelera ocupaba en la provincia de Alicante 305 operarias con un total de 1.024 jornaleros, y en la de Barcelona 261 con 1.215 (1).

Sean ó no exactos estos datos, dejan presumir un hecho que sobremanera nos enaltece; á saber, que por punto general la operaria española, manteniéndose fiel á las labores tranquilas, no ha ido á aventurar su sexo en otras tareas *hombrunas* y para ella penosísimas. Más resuelta la inglesa, ó más varonil ó acaso más infeliz, no ha vacilado en tomar otro camino. Figura hasta en la metalurgia, y tanto que, al decir de un notable estadista, hay en Inglaterra fábricas de material de hierro en las cuales la mujer representa el 80 ó 90 por 100 del personal de operarios. Y ¿quién no recuerda con espanto que hasta hace pocos años las mujeres inglesas trabajaban á centenares en el fondo de las minas? ¿Quién ignora que lo mismo sucedió en la Silesia hasta el año de 1869? ¿Quién no se sentirá conmovido al ver que en Bélgica todavía las mujeres arrastran la carreta en los criaderos de carbon de piedra?

¿Qué causa reconocen estos y otros hechos por todo extremo lastimosos? ¿A qué debe atribuirse esa gran concurrencia y creciente aglomeracion de las mujeres en la manufactura moderna? Al tocar estos puntos delicados, hay que saberse revestir de mucha serenidad y no dejarse dominar por un sentimiento nobilísimo, pero estéril, que sólo nos conduciría á los virulentos desahogos de Michelet, ó á las melosas declamaciones de los místicos. Lamentarse de una desdicha social no es ponerse en camino de remediarla, y más hace que el que llora aquel que friamente la analiza y puede dar con el secreto del mal á fuerza de profundizar en sus raíces. Tengamos por averiguado que cuando un fenómeno ha llegado á tomar la direccion y las proporciones del que acabo de señalar; cuando en tan diversos países, con tan diversos grados de cultura, en industrias tan diferentes y durante tantísimos años vemos

(1) *Guía fabril é industrial de España.* — Madrid y Barcelona, 1862.

irse acentuando la inclinacion de la mujer hácia todo linaje de oficios y profesiones industriales, es porque esto responde á alguna razon superior, ó, mejor dicho, á alguna ley, no de capricho, sino natural, sin duda desordenada en su marcha, y que por esto mismo debe ser atentamente estudiada, á fin de ponerla en armonía con las demas leyes que rigen el mundo moral y el económico.

III.

Es innegable que el desenvolvimiento histórico de la industria de la mujer está subordinado á la ley fundamental del trabajo, y cuantas causas influyan en la marcha de esta ley, otras tantas han de obrar necesariamente en las vicisitudes de aquella. Pongo por ejemplo la introduccion de la maquinaria, el precio de los jornales y el estado de instruccion de las clases obreras. ¿Por ventura tendria la mujer tan fácil acceso á la grande industria si no hubiese que hacer de las máquinas un uso tan extenso, si el salario de los operarios pudiese igualarse al de los jornaleros y si fuese mayor la cultura intelectual del sexo femenino en todas sus clases y situaciones? ¿Qué ha hecho la maquinaria combinada con el vapor? Ha traído la economía de la fuerza muscular; y en muchas de aquellas cosas que exigian esfuerzo y fatiga ha puesto hoy una mera vigilancia, ayudada de alguna destreza para seguir y acompañar el artificio mecánico. El resultado no podía ser otro *que atraer al personal de la produccion el elemento más débil*, á medida que el vigoroso hacia ménos falta. Mientras tanto, las condiciones y manera de ser de los Estados modernos solicitaban para otros fines el concurso del sexo masculino; el pedido y consumo de hombres eran cada vez mayores en ciertos ramos. Los ejércitos permanentes en vez de disminuir crecían; menudeaban las alteraciones políticas; la poda de la emigracion sacaba todos los años su contingente de poblacion robusta para tierras de América y Australia; otro se llevaban los terrenos vírgenes para desmonte y laboreo, y con los nuevos horizontes que el siglo abre de continuo á la humana actividad, veíase á muchos desde jornaleros probar fortuna en las artes superiores, ó entrar en las profesiones liberales; más que nunca ambicionadas desde que se empezó á mirarlas como la senda que encamina derechamente á la independencia, á la autoridad y á la riqueza.

A pesar de todo, no se hubiera dejado sentir tanto el influjo de la maquinaria en la poblacion femenina si, desde que comenzó á tomar brios la industria moderna, se hubiese puesto más cuidado en educar é instruir á las mujeres. El capital moral que la instruccion y cultura representan hubiera dado más valor á las manos de la operaria, y la fuerza de las cosas no la hubiera relegado á las últimas filas del

trabajo mecánico, como ahora que se la ve desnuda de todo pulimento. Me dirán que lo mismo ha debido acontecer con la clase obrera del otro sexo, pues tampoco se cuidó mucho de instruirla y educarla en los primeros años que siguieron á la aplicacion del vapor. Mas fuera de que este olvido se enmendó despues, y hoy suelen abundar en los países ilustrados las escuelas de artesanos bajo el nombre de estudios populares ú otros parecidos, siempre los varones llevaron la ventaja de que, en cualquier clase á que perteneciesen, tenían abiertas las enseñanzas, ya primarias, ya generales, ya teóricas ó clásicas, de las cuales (con excepcion de la primaria) era alejada la mujer por costumbre inveterada ó por el influjo de ciertas doctrinas religiosas. Comunmente han corrido juntos la ignorancia y el avasallamiento de la mujer. Dijo Quintana: en el diccionario de la razon, ignorante y esclavo son sinónimos.

Tambien se ha adelantado bastante en esta parte: siendo de notar que el mismo clero, ó convencido, ó guiado por otros móviles, se ha puesto á competir con los seglares en la enseñanza y cultura de las mujeres. Tengo muy presente aquel arranque de elocuencia del obispo de Orleans: «Si no dirigís hácia arriba la llama que arde en la mujer, devorará sobre la tierra los alimentos más groseros.» Todo, á no dudarlo, contribuirá á mejorar la condicion de la operaria; mas no adelantemos ideas que han de encontrar en este escrito ocasion y lugar más oportunos.

Volviendo á mi tema de las causas que han influido en agrandar la entrada de la mujer en la fabricacion, encuentro, despues de la maquinaria, el precio de los jornales. Es un hecho casi sin excepcion en ninguna industria, que en un mismo trabajo y á igualdad de mérito, el salario de la mujer es más corto que el del hombre. Donde el hombre percibe dos, tres ó más, la mujer cobra uno; ó á veces la diferencia se compensa con las horas, siendo mayor el número de las que trabaja la mujer á igualdad de retribucion. Colocada la cuestion en el terreno del puro interes, que es, por desgracia, lo más comun, claro está que el patron ó fabricante ha de preferir reclutar su gente entre aquellos que le pidan ménos jornal, y así irá *afuyendo la poblacion femenina á los talleres en beneficio del costo de produccion*. Yo en este momento no censuro nada, no aplaudo nada, me ciño á consignar un hecho. Pero este hecho, ¿qué causa reconoce? ¿Por qué á igualdad de trabajo la mujer ha de tener ménos salario que el hombre? ¿por qué ha de ser así, aun en las labores en que la mujer sobresa, y son, segun Flora Tristan, aquellas que exigen mayor ligereza de manos? Eichtal y Lehardy de Beaulieu han tocado estos puntos, pero como de pasada y

sin la profundidad que les distingue en otras materias. Para uno de ellos la causa de la inferioridad del salario en la mujer depende del nivel de educación: para el otro parece estar más relacionada con la índole y especiales condiciones del sexo. Ambas cosas son ciertas; pero veámoslas de cerca.

Precisamente acabo de decir que el capital moral de la educación, *augmentando la perfeccion del agente, tambien ha de aumentar el valor de la obra* en circunstancias normales. Pero ¿cómo es que, con un mismo nivel de educación, todavía la retribucion de la mujer sigue siendo inferior á la del hombre? Dados operario y operaria, rústicos ambos y desnudos de cultura intelectual, ¿por qué en una misma labor cobra más uno que otra? Si así sucede y sucede siempre, la razon de la cultura no nos pone en el camino de la verdad. La educación contribuye á mejorar la condicion del operario *en absoluto*, mas no guarda la misma proporcion *relacionando los dos sexos*.

Debemos, pues, acudir á otras fuentes para explicarnos la inferioridad del salario femenino. El precio del salario es, como todo valor, una idea puramente relativa: relativa al precio de las subsistencias ó mantenimientos, relativa á la cualidad ó cantidad de estas subsistencias segun el clima, la situacion de un país y el grado de adelantamiento en que se encuentre, relativa á las necesidades del mismo jornalero. Si los mantenimientos son caros, si los rigores del clima exigen una gran cantidad de ellos, si lo que se llama precisa subsistencia ha de abarcar algo más que un frugal alimento, un ligero abrigo y una sencilla vivienda, podrá acontecer que un salario alto en apariencia no baste á cubrir las necesidades del jornalero. Este punto de las necesidades es el más importante; porque, dígame lo que se quiera, las necesidades no son una cantidad fija ni en cada tiempo, ni en cada lugar, ni en cada clase, ni en cada sexo, ni aún en cada individuo. Compararemos en tésis general las necesidades respectivas de ambos sexos, y hablo por supuesto de las más urgentes en las clases llanas. Hay comunmente en la artesana un poco más de sobriedad que en su compañero: sus vestidos son más sencillos; sus gastos fuera del domicilio más reducidos; esto sin contar el tabaco y otros hábitos de los hombres que suelen absorber una buena parte de su salario, aunque no degeneren en verdaderos vicios. De aquí resulta una especie de equilibrio entre los jornales de ambos sexos: si la mujer gana ménos, gasta ménos tambien. Mas este equilibrio no tiene significacion alguna á los ojos del fabricante, el cual, atento siempre al costo de produccion, cuando se deja guiar del mero interes, hace mayor consumo de fuerza femenina sencillamente porque le sale más barata.

Que esta regla tiene mil excepciones ¿quién lo

duda? Pero quiero que me digan de qué manera sin ella y sin la maquinaria acertariamos á explicarnos la actual *organizacion industrial* en el sexo débil; y es lástima que las mencionadas causas no hayan sido desmenuzadas con toda diligencia ántes de discurrir largamente, como lo han hecho muchos escritores, acerca de los inconvenientes anejos á aquella organizacion.

IV.

Estos inconvenientes son graves, dolorosísimos y de diversas especies. Ya á últimos del siglo pasado, y cuando apenas se iniciaba el movimiento obrero, un escritor español resumía en sentidas frases lo que se ha dicho más tarde de la operaria. «Ved por todas partes, decia, abandonadas las obligaciones domésticas, menospreciado el decoro, olvidado el pudor y canceradas las costumbres.» ¿Quién no creerá ver en esta negra pintura una como indicacion de aquel famoso ditirambo de Michelet, que nos llama hombres de hierro y reniega de nuestros *pretendidos* progresos, solamente porque hemos puesto en el Diccionario ese *maldito* nombre de *operaria*?

Paréceme que para apreciar los daños de la fábrica no hay necesidad de cargar tanto la mano. Unos pertenecen al orden moral, otros al económico, y no todos los que suelen señalarse son igualmente ciertos. Lo es desde luego la alteracion del hogar doméstico. ¡Oh! sí, muy bien está la mujer en el seno de la familia, gobernando la casa, cuidando á sus hijos, atendiendo al marido, amiga del sosiego, de la economía y del aseo: madre, con tesoros de cariño; esposa, con el prudente consejo; hija, con el don de la obediencia; jóven, con la santidad del recato; anciana, con la autoridad de los años. A esto llamarán *idilios* los corazones frios y los calculadores sempiternos: llámenlo así, que de estos y otros idilios tenemos gran necesidad en el mundo, y ¡ay de la sociedad que los pierda!

¡Idilios! ¿no os encantan todavía más entre la gente artesana que en las demas clases? Por su bien, mejor que por su mal, la artesana no comparte más que con los suyos la poesia del hogar; no suele descargar el cuidado de los hijos en manos mercenarias, sea de ayo, sea de sirviente; nadie le disputa la primera idea de Dios, ni la primera leccion de moral, que van derechas desde sus labios al tierno sér que mece en su regazo: sola se basta en las enfermedades, sola en los quebrantos; el halago de la prosperidad la encuentra sola con los suyos para ordenar la fiesta y para la intimidad del regocijo; crece su autoridad si, como es tan comun, el marido tiene ocupacion constante fuera de la casa; y como la ganancia es poca y mucha la carga y prolija la tarea doméstica, tambien es más severa

la economía, la cuenta más puntual y la prevision grandísima.

¡Qué contraste con la vida de la fábrica! Como si al dejar una tranquila playa fuéramos á dar de repente contra un océano de encrepadas olas, así es de brusca la transicion y de trocada la escena. Aquella mujer ya no es toda de su familia, porque hay un mayordomo á quien obedecer, un reglamento que cumplir, una disciplina que observar, y en largas horas de extrañas atenciones quizá no haya lugar para ocuparse del marido.

Nulla viri cura interea, nec mentio fiet
damnorum: vivit tamquam vicina marito.

Juv. Sat. VI.

Entre tanto, ¿qué hará de los hijos? Si están en la cuna, ¿qué triste recurso confiarlos á la generosidad de la vecina ó de la amiga durante las prolongadas ausencias de la madre, y todavía más triste cuando haya que llamar á las puertas de la beneficencia pública ó privada! Si son mayores, ¿cómo andarán los infelices por esas calles sueltos, mugrientos, andrajosos, educándose en la escuela de todos los vicios y crímenes, dado que no estén condenados á trabajar en otra fábrica desde los siete ú ocho años! Y á las intemperancias del operario ¿quién pondrá freno? ¿quién podrá atraerle fácilmente á una vivienda casi todo el dia desierta, sin lumbre, sin aseo, sin amor, y estoy por decir sin alma, pues de allí falta la que lo anima todo? Y al enfermo, ¿quién le atenderá? ¿habrá que apelar sin remedio al hospital? Cuando ocurra una crisis industrial, ó se paralicen los trabajos, ó el operario sea despedido, ¿de dónde le vendrá el consuelo? ¿quién le dará fuerzas y aliento para buscarse nueva ocupacion, quién le desviará del falso amigo, quién de la desesperacion y de las violencias? ¡Ah! para esto fuera menester que el principal resorte moral de la familia se mantuviera intacto, y este resorte corre peligro de gastarse en la vida de la operaria. Cuantas cosas podrian imaginarse para alterar el sentido moral de las mujeres, otras tantas parece engendrar la comunidad en los talleres: tentaciones en las solteras; mal ejemplo en las casadas; la seduccion, la libertad del lenguaje, desenfreno de pasiones, rivalidades, odios, pérfidas y venenosas doctrinas. Y si el trabajo es de noche, ¿cuánto no aumentan los daños! Entónces el desórden es mayor porque es menor la vigilancia, más sensible la ausencia del hogar porque son las horas destinadas al descanso; y crece y va subiendo *la atmósfera de perdicion* con los viajes á deshora, con el camino extraviado, con la compañía sospechosa.

Conviene hacer presente que algunos de estos males no son exclusivo patrimonio de las fábricas: no pocos se dejan sentir en los talleres reducidos y

áun en el trabajo aislado. De manera que si fuéramos á extremar las cosas, vendríamos á declarar que la mujer no puede tener participacion en la industria sin renunciar á su elevada mision, ni pasar, *sin menoscabo de su honra*, de los tres destinos que le da Froehlich, de esposa, madre y ama de casa; conclusion que, por absurda, rechazarán los más prudentes y timoratos. Cuando se citan las fábricas al hablar de disipacion y de otras contingencias fatales, es porque allí, en el seno de la grande industria, es donde mejor se dibujan las malas tendencias, porque allí todo es de más bulto, todo más ruidoso y el remedio ha de ser tanto más intenso, cuanto mayor sea la proporcion de la enfermedad y más poderosa la masa sobre la cual debe operarse. Por lo demas, pienso demostrar en breve que, ni áun bajo el punto de vista de la moralidad, lleva á veces ventajas el taller casero á la fábrica más concurrida.

Pero si en la cuestion de moralidad estoy perfectamente de acuerdo con lo mucho que se ha dicho, escrito y predicado, no lo estoy asimismo con todos los inconvenientes económicos que se atribuyen al trabajo de la mujer. Dicen que la competencia que hace al trabajo del hombre acaba por envilecer el salario de éste: que el trabajo de las operarias en las fábricas hace ménos productivo el de las que trabajan aisladamente, y que mientras la mujer gana salario en una fábrica, pierde un valor igual ó superior al que obtendría cuidando á su familia.

Esto último no necesita mucha demostracion. Convengo con un docto economista en que el destino económico de la mujer en la sociedad, no tanto consiste en proporcionar directamente un trabajo productivo, cuanto en saber utilizar acertadamente el producto del trabajo de su marido. Si por ganar salario en una fábrica tiene que abandonar los deberes de la familia y exponerse además á que el jornal del marido se distraiga de su objeto, ¿cuánto más no aprovechará quedándose á gobernar la casa, preparando la educacion moral y fisica de los hijos, y juntando á esto, si es posible, alguna pequeña ocupacion lucrativa en su propio domicilio? En el fondo hay aquí la misma razon de moralidad que he explicado ántes; porque, en buenos principios económicos, decir ahorro, decir prevision ó decir moralidad, es idéntico: todo está relacionado con una misma ley moral, por más que luégo las aplicaciones sean diferentes.

¿Daré igual importancia á los demas inconvenientes económicos, al de la competencia entre el trabajo de la mujer y el del hombre, al de la lucha que se establece entre las mujeres ocupadas en las fábricas y las que trabajan separadamente? No se la puedo dar y voy á decir por qué.

Desde luégo esta titulada competencia industrial entre la mujer y el hombre no es más que una ficción. Hay en cada industria una cantidad de trabajo que debe realizarse: si las mujeres no llevasen una parte de esta cantidad, la llevarían los hombres y ellos entre sí se harían la misma competencia que echan en cara al otro sexo. Acaso dirán, tomando pié de un hecho ya citado, que la competencia entre hombres solos no envilecería tanto el salario, porque se ha dicho que, en igualdad de condiciones, suele ser inferior el de la mujer. Pero esto que es verdad, cuando concurren á la industria los dos sexos, de fijo no sucedería si, cerrando á la mujer las puertas de la fábrica, repartiésemos entre los hombres todas las tareas de la manufactura. Entónces con el tropel de manos vendría un envilecimiento progresivo, y ¿quién sabe el influjo que ejercería hasta en el jornal de los operarios más cultos y adiestrados?

Tampoco doy valor al otro argumento de la competencia entre las operarias de fábrica y las que trabajan por separado. La misma se hacen entre sí los hombres sin que por esto decretemos que se supriman las fábricas. ¿Es más aquella razón que un conocido ardid socialista? ¿es más que repetir lo que tantas veces se ha dicho en odio á la competencia en general, contra las máquinas, contra la grande industria, contra la concentracion de los capitales? Por fortuna la causa de la mujer no necesita apelar á estos recursos: el mal está señalado: tócame ahora hablar de los remedios, procurando distinguir lo empírico y lo vulgar de aquello que corresponde á las conveniencias de la sociedad y á las necesidades de la industria.

JOAQUÍN MARÍA SANROMÁ.

(Concluirá.)

EL ALCALDE DE MONTELLANO.

I.

La guerra de la Independencia ofreció al mundo espectáculos que no estaba acostumbrado á admirar sino en las edades antiguas.

Eran lo de ménos en aquella lucha memorable las fatigas que cada uno debía esperar, la pérdida de sus intereses y el temor de privaciones y miserias, su consecuencia más inmediata, hasta el sacrificio de la vida en los campos de batalla ó entre las ruinas de las ciudades sitiadas por el enemigo. La guerra presentó desde sus primeros días el mismo carácter de las antiguas, el de las invasiones generales de que tantas veces ha sido objeto nuestra Península.

Pero, aún recordando los esfuerzos desplegados

por sus predecesores en aquellas luchas interminables y de fuego, parece que los españoles no debieran estar preparados á imitar en el ya culto siglo XIX el desapropio y el desprecio de la vida que habían hecho su reputacion entre los romanos, godos y alárabes. Las costumbres se habían dulcificado al compas de la civilizacion que las compenetraba; eran otras las necesidades, más que satisfechas las instintivas de la humanidad en sus orígenes; eran también diferentes las instituciones, y muy otra, por consiguiente, la aspiracion general á que tendía una sociedad que, por muy apegada que tratara de mantenerse á su primitiva manera de ser, debía haber sufrido cambios muy trascendentales en ella. Pocos, pues, de los que, tendiendo la vista por Europa, observaran cómo pueblos que también se habían distinguido en luchas anteriores por su espíritu de independencia, se sometían á la ley del vencedor despues de una ó dos batallas que entre ellos se hacían decisivas, así para su suerte como para sus armas; pocos, repetimos, esperaban resultado diverso en nuestra España, aletargada cual, por otra parte, debían considerarla por un gobierno como el que la regía, torpe y descuidado.

Había, es cierto, hombres en quienes el estudio del pueblo y su identificacion con él, por igualdad de naturaleza ó de miras, tenían creada una opinion contraria; había en el extranjero estadistas notables que sólo en España preveían el dique bastante robusto que hubiera de contener la marcha de la invasion que amenazaba á la Europa entera; pero nadie esperaba arranque tan magnánimo, explosion tan unánime, tenacidad tan persistente ni abnegacion tan generosa como las que desplegó en 1808 el pueblo español al rechazar los halagos, las artes y la violencia del emperador Napoleon.

Muchos son los rasgos sobresalientes con que los españoles lograron escribir aquella sublime epopeya de la guerra de la Independencia; muchos los que pusieron á su patriotismo un sello que no llegarán á borrar la incuria ni las discordias, negro borron de las generaciones sucesivas y amenaza constante á nuestra reconstitucion política; pero, entre ellos, será uno de los más brillantes el del Alcalde de Montellano, ejemplo admirable de lealtad, de pundonor y de heroísmo.

La Regencia del Reino lo consideró así á raiz de los sucesos que lo provocaron; las Córtes de Cádiz y algunos de los Gobiernos posteriores parecieron buscar medios propios para premiarlo y hacer perdurable su memoria. El tiempo, sin embargo, lo lanzó en las regiones del olvido como tantos otros de los con que sorprendieron al mundo nuestros padres, y sólo una casualidad sirve para traerlo á la memoria y al asombro y respeto de la generacion presente.

El Rey D. Fernando VII debió encargar á sus pintores de cámara la representación en el lienzo de los más notables hechos de la guerra de la Independencia. De ahí los cuadros, de mayor ó menor mérito, que el pueblo de Madrid corre á contemplar en el Museo Real como en recuerdo de su propia hazaña del Dos de Mayo y de las que ejecutaron las demás provincias á imitación suya.

D. José Madrazo, jefe de esa dinastía de pintores que es una verdadera gloria en la España artística, hubo, sin duda, de pensar en un cuadro que representase la familia del Alcalde de Montellano, don José Romero, en los momentos en que era asaltada por los franceses la casa que ocupaba en Algodonales, villa próxima á la en que ejercía su jurisdicción. Porque de sus manos y por las de su hijo D. Federico han pasado á las nuestras varias cartas de la viuda de Romero con la descripción de los actos de heroísmo llevados á cabo por su marido y con las amargas quejas del olvido y del abandono en que yacía.

Esas cartas y el pensamiento de darlas á la estampa nos movieron á buscar antecedentes con que exornarlas; y las *Gacetas* del tiempo, el *Diario de Sesiones* de las Cortes de Cádiz y los archivos militares nos han proporcionado datos suficientes para formar y hacer formar á nuestros lectores juicio cabal de las proezas repetidas de aquel insigne patriota.

Merecerían un poema: nosotros no podemos dedicarlas sino un recuerdo lacónico y rudo, entusiasta, empero, y destilando lágrimas, arrancadas á nuestros ojos por la admiración más cordial y sincera.

II.

La batalla de Bailén había infundido tal espanto en las filas francesas, que pasó año y medio antes de que se decidieran sus generales á intentar una nueva invasión en Andalucía. Los sombríos desfileros de Sierra-Morena obtuvieron la fama de impenetrables, y fueron necesarias tres campañas sucesivas y el trance, tan desastroso para nuestras armas, de Ocaña, para que el Intruso y sus legiones se aventurasen á recorrerlos después de flanqueadas hábilmente y hasta envueltas las posiciones y las tropas que los defendían.

No quería Napoleón que aquella campaña tuviese por objetivo un país cuya conquista no le resolvía el ya árduo problema de la sumisión de la Península. Mientras campease en ella, aún cuando fuera en una de sus extremidades, el ejército inglés, creía que la primera atención era la de destruirlo, y á ese fin debían dirigirse todos los esfuerzos. Si se lograba arrojar al Océano aquellos odiados insulares, el Emperador abrigaba la convicción de que cesaría la

resistencia en España, sola así en el mundo y sin recursos de ningún género.

Su hermano José y los mariscales que le aconsejaban eran de opinión contraria, anhelantes por explotar unas provincias que eran consideradas con justicia como las más ricas de España; y lograron, no sin resistencia que el tiempo y los sucesos llegaron á justificar, que Napoleón, tan apegado siempre á sus ideas y tan exclusivo en ellas, accediese á la de, en vez de atacar con todas las fuerzas reunidas á los ingleses, emprender la entrada en Andalucía y la conquista del emporio gaditano.

Una vez ejecutada la primera de aquellas operaciones que nuestro ejército no pudo ó no supo impedir, los franceses invadieron como un torrente las provincias andaluzas, dilatándose por su izquierda hasta Granada y Málaga, y por su frente hasta la bahía de Cádiz, donde los detuvo el patriotismo de los habitantes y, más aún, la diligencia del duque de Alburquerque, quien desde Extremadura voló á cubrir con sus tropas aquel último baluarte de la independencia española.

Al chocar en él, como las aguas con el dique levantado por la industria contra las inundaciones, los ejércitos imperiales se extendieron por las comarcas vecinas, ya con el objeto de ocuparlas, ya con el más urgente todavía de cubrir las operaciones del sitio, que inmediatamente emprendieron, y organizar la administración ó, por mejor decir, el merodeo con que habrían de atender al racionamiento y al acopio de los materiales necesarios para su empresa.

No resistió el país lo que podía, protegido como debía considerarse el aldeaño de la sierra por las expediciones que la Regencia se dispuso desde luego á lanzar á ella desde Tarifa y Gibraltar. El entusiasmo de 1808, aquel ardor bélico que había producido el brillante campamento de Utrera y la victoria incomparable de Bailén, se había enfriado no poco en 1810. Los reveses simultáneos de la segunda campaña del primero de aquellos años, los sucesivos que habían los españoles experimentado en Uclés, Valls, Medellin, Almonacid y Ocaña, y la conducta, no siempre meditada y hábil, del Gobierno central, eran, con efecto, para apagar incendios como los en que se abrasaba la Península, por potentes y aterradores que hubieran nacido.

Es verdad que esos reveses fueron interrumpidos por el triunfo de Talavera, que representaba, además, la alianza eficaz de una nación tan poderosa como la Gran Bretaña. Es verdad también que el deshonor que sobre las armas españolas pudieran imprimir aquellas tristes jornadas quedaba más que compensado con la gloria, resplandeciente de horror y de grandeza, que las proporcionaban las heroicas ciudades, émulas de Sagunto y de Numancia,

españolas como ellas y únicas también en el mundo moderno como aquellas lo habían sido en el antiguo. Zaragoza y Gerona bastaban para acreditar el patriotismo, el valor y la noble pertinacia de los españoles y su generoso sacrificio, cual el de las tropas que habían combatido en las batallas que acabamos de conmemorar revelaba que pueblo y ejército estaban unidos para no descansar un punto en la tarea de la independencia nacional. Todo eso es verdad; pero no hay temple en hombres ni en colectividades que resista á una primera impresion semejante á la que experimentarían los andaluces viendo cómo entraban la tierra suya ejércitos y ejércitos, con los mariscales más famosos á su cabeza y el mismo soberano que les había destinado quien ya no reconocía contrapeso alguno á sus voluntades en Europa.

Pronto, sin embargo, comenzaron á saltar las chispas que darían á conocer á los franceses el odio de los andaluces.

De contrabandistas en un principio, habituados á las alarmas y peleas; de aldeanos despues, enrojados con la ira de ver cómo se atropellaba sus intereses y personas; de soldados, por fin, salidos de las fortalezas del litoral, fueron muy luégo formándose partidas que atacaban á los destacamentos franceses establecidos á retaguardia del ejército sitiador. Unas estaban compuestas de jinetes que, si no lograban sorprender al enemigo, podían burlar su venganza por la velocidad de sus caballos; otras, de unas cuantas docenas de peones buscando en las emboscadas ó con estratagemas, rudas y todo, el castigar la arrogancia y las depredaciones de que eran víctimas ellos mismos ó sus paisanos de las aldeas próximas; y las había también compuestas de las dos armas con guerrilleros á su frente que lograron adquirir fama entre los propios y respeto de los contrarios por su osadía extraordinaria é instinto militar. Sin contar los célebres cabecillas de las Alpujarras, entre los que descollaba por sus excelentes y á veces contradictorias condiciones el tan celebrado alcalde de Otivar, D. Francisco Caridad, el Pastor, Juan Soldado, la Cruzada y otros varios, cuya enumeracion sería larga, se mostraron tan incansables en acechar los movimientos del enemigo, en impedirlos ó castigarlos, como en infundir aliento á los serranos con su patriótico ejemplo. «Aún blanquean por allí esparcidos, dice Bory de Saint-Vincent, los huesos de gran número de franceses sorprendidos por los guerrilleros en aquel paso peligrosísimo» (el de Zaframagón).

No habían trascurrido tres meses desde la época de la segunda invasion de Andalucía por los franceses, y las márgenes del Guadalete eran, con efecto, teatro de la guerra más encarnizada, á la vez que el río de Sancti Petri era á cada instante cruzado por

las tropas de nuestro ejército en sus salidas de la isla de Leon.

Con eso los franceses, á la vez que vigilaban esmeradamente la comarca entera, ejercían las venganzas más crueles en los pueblos que, por su situacion ó la osadía de los habitantes, los provocaban á una lucha que en un principio creyeron poder sofocar inmediatamente.

En una de sus expediciones á la sierra, trataron de penetrar el 14 de Abril de 1810 en la villa de Montellano, por donde se dirigían á vadear el Guadalete. Eran sobre 300 los franceses, y bien por lo corto de su número ó por el ánimo que infundiría en los pobladores de Montellano la proximidad de algunas partidas de las que constantemente campaban por Puerto-Serrano, es lo cierto que se trató de impedirles la entrada en la villa ó su paso por ella.

Irritados los imperiales con la resistencia, apelaron, como de costumbre, al incendio de las casas, deteniéndose en la del alcalde, no por respeto ciertamente, sino por lo mortífero del fuego que se les hacía.

Hallábase encerrado en ella el honrado labrador D. José Romero con doña Ana Dorado, su mujer, cinco hijas, un hijo de doce años y Antonio Arenilla, su criado y compañero constante en las jornadas de aquellos días, mártir también con él de la independencia patria.

El Romero tenía otros dos hijos mayores con quienes había salido á combatir á los franceses en los primeros días de la sublevacion española, equipándolos, aunque pobre, á sus expensas, y asistiendo con ellos á los trances de Alcolea, Córdoba y Bailén. Comprendiendo el general Castaños lo necesario que Romero sería á tan numerosa prole como dejó en Montellano, y á su octogenaria madre, le había obligado á volver á su casa, continuando en el ejército los hijos, uno de los cuales sucumbió despues en los campos funestísimos de Ocaña, defendiéndose solo y largo rato de seis coraceros franceses.

La familia, como se deja ver, era de un temple realmente antiguo, y su conducta anterior hacía augurar que no defraudaría su jefe la confianza que como autoridad y como patriota tenían depositada en él sus vecinos y administrados.

Viendo la inutilidad de sus ataques los franceses, abandonaron la villa, no sin dejar siete de los suyos cadáveres al frente de la casa de Romero, y otros 17, incluso el de su comandante, en las afueras, pero con el propósito firme de vengar ruidosamente su desastre.

No tardaron, con efecto, á presentarse de nuevo y con medios que, de seguro, les parecerían sobrados para la empresa, y que lo parecerán á cuantos midan la resistencia por las fuerzas materiales de

que para ella se disponga, no por las que prestan las pasiones elevadas al culto de la patria, al anhelo de una venganza cien veces justificada, y al del cumplimiento de un deber exagerado en las almas vulgares, santo é ineludible en las privilegiadas.

«Alcalde de esta villa, éste es mi puesto,» había dicho Romero á los que le aconsejaban su traslacion á poblados que ofrecían mayor seguridad; y quien así entiende sus obligaciones despues de tantas otras muestras de patriotismo, no es de los que suman las probabilidades del éxito, sino de los que remontan sus aspiraciones á la honra del martirio.

Ahora eran más de 1.000 los enemigos, la mayor parte de caballería, mandados por el baron Bounemain, coronel del 5.º regimiento de cazadores á caballo, quien, para no hallar obstáculo á su accion en la robustez de las casas, se hizo seguir de un cañon violento que le abriera el acceso á ellas.

Animados los habitantes con el éxito de su anterior defensa, se mostraron más pertinaces aún en aquella segunda del 22 del mismo mes de Abril; y Bounemain hubo, como su antecesor, de recurrir al incendio para acabar la obra de destruccion de un pueblo que parecía decidido á imitar los varios ejemplos que España iba presentando de igual abnegacion desde el dia de su alzamiento.

Pero vamos á transcribir los párrafos más importantes del parte oficial que de aquel suceso publicó la *Gaceta de la Régencia* el 5 de Junio de aquel año, porque él nos dará á conocer, además, las peripecias todas del combate dentro y fuera de Montellano; dentro, con los heróicos defensores de la poblacion, y fuera, con las partidas que cubrían los pasos de la sierra á Ronda, centro entónces de las operaciones en pequeña escala de los franceses en Andalucía.

Dice así: «Excmo. Sr.: A las diez del dia 22 del que »rige recibimos oficio del comandante de Puerto- »Serrano, en [que nos comunicaba que la villa de »Montellano se hallaba invadida por el enemigo, »acreditándolo los tiros que sonaban continua- »damente, y ver al pueblo ardiendo; y que así, »como verdadero español, nos noticiaba esta catás- »trofe, implorando el auxilio de los valerosos pa- »triotas de esta villa para que acudieran al socorro »de aquella que perecia. En efecto, este vecindario, »conocido en todas épocas por su patriotismo, que- »riendo cumplir en un todo el juramento que ha »hecho de defender á sus hermanos, tremolando el »estandarte de la independendencia, salió precipitada- »mente con direccion á la indicada villa.»

«La caballería, compuesta de 13 caballos, se puso »al mando de D. Gaspar Tardío, hombre de acen- »drado valor y patriotismo; y la infantería, en nú- »mero de 60, á las órdenes de D. Francisco Salce- »do, comandante de armas de esta villa por acla-

»macion. Luégo que Tardío llegó á Puerto-Serrano, »penetró hasta las alturas del chaparral de Morejon, »donde encontró al referido comandante de Puerto- »Serrano con dos caballos y algunos infantes. Desde »allí dió vista á una columna enemiga que se ha- »llaba en la Tenería, de la que salieron 13 caba- »llos á reconocer la tropa de Tardío: éste puso su »tropa en orden para recibir al enemigo con la ma- »yor serenidad, y rompiéndose un fuego vivísimo »por una y otra parte, quedó el enemigo arrollado, »poniendo la noche término á una accion tan glo- »riosa.»

«Al amanecer del siguiente dia pasó Tardío á su »antigua posicion, viendo que desfilaban las divisio- »nes francesas por el camino de Bórnos. A poco »tiempo oyó tiros dentro de Montellano, y advir- »tiendo que la retaguardia enemiga habia pasado el »Salado, se internó con la infantería y caballería en »la villa, donde encontró á su heróico alcalde don »José Romero, á quien habia juzgado muerto por »estar todo el pueblo ardiendo; pero este patriota »se defendió de 1.300 hombres, pues á seis soma- »tenes que estaban en la torre de la iglesia se les »acabaron las municiones ántes de medio dia.»

«Llegó á infundir tanto miedo al enemigo la de- »fensa de Romero, que proyectó demoler su casa á »cañonazos; pero á pesar de que en todo el pueblo »no quedó más resistencia que la de esta casa, se »sostuvo hasta que el enemigo escarmentado se re- »tiró con pérdida de más de 100 hombres muertos »á manos solas de este español, quedando por él el »campo de batalla, pues quedó por vencer su casa, »único obstáculo que se ofrecía al enemigo.»

«La pérdida total de éste asciende á más de 150 »muertos y crecido número de heridos.»

«Viendo Tardío la total ruina de Montellano, pues »el enemigo habia convertido sus edificios en es- »combros, y que Romero se hallaba en su casa con »su mujer y seis hijos, expuestos á ser víctimas del »furor de los bárbaros, le propuso que se viniera á »esta villa, á lo que respondió que de ningun modo »abandonaría á Montellano por ejercer en él la real »jurisdicción; pero haciéndose cargo de que era in- »útil su presencia por no haber vecindario, cedió »finalmente, y fué traído con su familia á esta villa, »que le ha recibido con el mayor júbilo, gloriándo- »se de abrigar á tan acendrado patriota.»

«Este hombre, con la salida de casa con tan dila- »tada familia, y los muchos gastos en el servicio, »ha quedado en el estado más deplorable, pues vi- »vía á expensas de su madre, á quien los franceses »despedazaron, robándole y destruyéndole su casa. »Lo hacemos presente á V. E. para que se sirva dis- »poner que de los fondos que haya lugar se le se- »ñale un salario para subvenir á la subsistencia de

»tan honrada familia, pues se ha hecho acreedor á
»cuanto favor quiera V. E. dispensarle.—Villa de
»Algodonales á 24 de Abril de 1810.—Juan Ximenez
»de la Barrera.—Bartolomé Sanchez Troya.»

El comandante general del campo de Gibraltar, general D. Adrian Jácome, concedió á Romero 15 reales vellon diarios y dos libras de pan de los fondos públicos de Montellano, con la gratificacion además de 300 rs. por una vez, remuneracion que fué aprobada y confirmada por la Regencia, sin que, empero, llegase á disfrutarla el agraciado, pues que ya no existia en la fecha en que le fué concedida.

No serian creidas por la posteridad esa clase de hazañas si no las confirmaran documentos que no pueden dejar duda alguna de su certeza.

Y, sin embargo, llena está de ellas nuestra historia, y especialmente la de la guerra de la Independencia, en la que, asomando de nuevo su cabeza el personalismo que formaba el carácter distintivo de nuestra raza en las primeras edades, así como entorpeció y retardó la constitucion de los ejércitos y su disciplina y los efectos que de ella debian esperarse, produjo esos actos aislados de heroismo que, por lo fascinadores, repiten y repiten los que hallan ocasion de presenciarlos ó alcanzan á oírlos.

¿Qué tiene de verosímil el que una mujer en un momento de excitacion patriótica aplique la mecha que aún oprimía en sus manos el artillero moribundo al cebo de un cañon, rompa las filas del enemigo y lo detenga cuando ya iba á entrar en la bateria, y le obligue, por fin, á huir vergonzosamente? ¿Es de esperar que invadida una poblacion y á punto de ser completamente ocupada por un grande ejército, logren siete jóvenes tan sólo, capitaneados por un sacerdote, iniciar un nuevo combate, y obliguen, ayudándose de los que su ejemplo atrae, á retroceder en un principio á las columnas enemigas, y más tarde, á abandonar el sitio y la artillería y los víveres y municiones acopiadas con la mayor prevision, á fin de acabarlo ejecutivamente?

Y, sin embargo, Zaragoza vió todo eso; y el Bruch contempló cuál unos pocos patriotas vencian por dos veces á un ejército, como Valencia vió á un fraile dirigir el formado en sus murallas y las provincias limitrofes, y Navarra á un labriego vencer á los más consumados generales del imperio napoleónico.

Efectos son estos, repetimos, del personalismo ibérico, que no da ciertamente resultados prontos y decisivos para la salud de la patria, pero que ofrece espectáculos admirables como los que acabamos de recordar y el que estamos ofreciendo á nuestros lectores en el presente escrito.

III.

Ya hemos visto que D. José Romero se retiró con toda su familia á la villa de Algodonales, nada más que 5 leguas distante de la de Montellano.

Situada en la inmediacion del Guadalete y junto al camino que los franceses habian de recorrer para comunicar con Ronda, Algodonales no podia quedar desatendida por ellos. Enfrente tenían á Zahara cuyo alto castillo, descollando entre las nubes, habia ya llamado la atencion del estado mayor del mariscal Soult, é iba muy pronto á, con el reparo y mejora de sus fortificaciones, recibir una guarnicion que desde él atalayase toda la comarca vecina. Es toda ella intrincadísima, y el Guadalete parece como si no hallara salida á sus aguas segun lo perezosamente que anda serpenteando por aquel laberinto de montes que en los tiempos prehistóricos debió romper para abrirse paso á las llanuras, tan ensangrentadas despues, de Arcos y Jerez de la Frontera.

Si necesitáramos otras pruebas de lo vigilado que debia estar aquel valle en la época de la guerra de la Independencia, nos bastaria recordar algunos de los varios combates que en él se riñeron; y los dos más memorables de Bórnos dicen con harta elocuencia que los franceses tenían puestos sus ojos con preferencia en la region más alta del Guadalete. Por ella sostenian, como ya hemos dicho, la comunicacion con el gran nudo de la serranía de Ronda, á cuyo dominio daban tal importancia, que el mismo Intruso habia creído deberla *honrar* con su presencia al visitar las principales ciudades de Andalucía.

A los ocho dias, pues, de su vergonzosa derrota de Montellano, aparecia sobre Algodonales una fuerte columna francesa compuesta de 3 á 4.000 hombres segun los historiadores más cautos; de 6 á 10.000 segun otros cuya veracidad debe ponerse en duda hasta obtener datos irrecusables.

No se hizo esperar el fuego de los patriotas, tan acalorados en sus propósitos de defender la tierra, que aún salieron de ella para hostilizar á los enemigos en el momento en que se presentaron á la vista. Tenían, al decir de los franceses, atrincherado el pueblo y preparadas á resistir las casas; lo cual no debe ser cierto, por más que lo asegure la *Gaceta de Sevilla*, de donde todos lo han sacado para sus escritos. Lo verosímil y, despues de hechas las debidas averiguaciones, lo indudable es que, fiados los habitantes en su denuedo, verdaderamente jactancioso en aquellas localidades, y con el ejemplo reciente de Montellano y el ardor que les comunicaria Romero, se decidieron á arrostrar el impetu y la rabia y la sed de venganza de los imperiales.

La *Gaceta de Sevilla* decia á ese propósito: «Había más de un mes que los vecinos de Algodonales estaban en estado de insurreccion, habiéndose re-

»sistido á las insinuaciones pacíficas que se les ha-
 »cía á fin de que se sometieran á S. M. Católica. Un
 »tal Romero, vecino de Montellano, era el que capi-
 »taneaba á estos miserables á quienes protegía la
 »gruesa partida que el mismo Romero había reunido
 »y formado: tambien les favorecía Gibraltar, no sólo
 »con sus municiones, sino con sus instrucciones y
 »consejos; así que, se atrincheraron en su pueblo
 »y fortificaron sus casas, persuadidos que podrían
 »de esta manera evitar el justo castigo que mere-
 »cían, y áun tuvieron la temeridad de ir á atacar
 »una columna de tropas imperiales que pasaba cerca
 »de Algodonales; pero este instante fué el postrero
 »de su existencia, pues el pueblo fué cercado y el
 »feroz Romero, que no quiso entregarse ántes de
 »ver perecer hasta el último de aquellos crédulos
 »habitantes que se habían dejado seducir de sus
 »pérfidos consejos, fué efectivamente el último que
 »pereció, cuando él sólo era quien debía expiar sus
 »delitos.»

A lo inexacto de la precedente relacion en lo que ya hemos expuesto acerca del estado de defensa de la villa de Algodonales, podemos añadir que lo lacónico respecto al combate y al tiempo y los sacrificios que costó su éxito á los franceses, demuestra la mortificacion y el rubor que produciría á los redactores de la *Gaceta Sevillana* el sólo pensamiento de dar á la estampa el fiel trasunto de cuanto pasó en aquella tan desgraciada como leal y heroica poblacion. Lo que el periódico josefino explica en un renglon, costó á los soldados de la Francia un dia entero de combate, muchísimas bajas y la necesidad de apelar al incendio para reducir un puñado de labriegos mal armados y sin esperanza de auxilio exterior alguno.

Presentáronse los franceses la mañana del dia 1.º de Mayo. Pronto comenzó á aterrar cuantos obstáculos encontraba el número de los invasores, y pronto tambien fueron los ingenios y las llamas arrojando á los moradores de sus casas; haciéndose tan general el incendio, que sin exageracion podía decir el prefecto de Sevilla pocos dias despues que *en adelante, en el mapa de aquel hermoso reino se vería señalado como desierto el lugar que ocupaba la fértil villa de Algodonales.*

Como en Montellano, quedó allí solo Romero con su familia y D. Francisco Ascanio en la casa que había elegido para habitacion suya, única que se mantenía en pié á las nueve de la mañana del 2 de Mayo. La noche había pasado sin que cesase un momento la pelea, alumbrada por el siniestro fulgor del incendio, que hacían á cada punto más lúgubre y aterrador los denuestos y alaridos de los combatientes.

Los habitantes, aterrados ante espectáculo semejante y por la mortandad y las violencias que en

ellos ejercían los invasores en los arrebatos de ira que la resistencia producía en ellos, huyeron á favor de la oscuridad á los montes y pueblos próximos. Sólo Romero persistía en la defensa; y su casa era en la mañana del 2 el objetivo único de los franceses y el blanco de sus proyectiles y de las teas y mixtos incendiarios con que se habían decidido á castigar la afrenta que recibían. Ni las súplicas de sus deudos, ni las propuestas de sus vecinos, ni las amenazas é intimaciones de los enemigos lograron rendir aquel corazon de hierro, abrasado en el fuego de la patria.

Mas ¿por qué seguir en esta triste pintura?

A la relacion que pudiéramos hacer de la lucha sostenida por Romero en aquel su último trance, preferimos la elocuentísima por su sencillez que presentó la viuda en la correspondencia que ha dado motivo á este escrito. Se halla confirmada por cuantos documentos hemos podido haber á la mano, referentes á aquel triste pero gloriosísimo suceso, y entraña además un dato inapreciable, el de las señas personales de cuantos en él tomaron parte, muestra inequívoca del destino á que esa relacion se dirigía, al de un gran cuadro que inmortalizase la memoria de aquella familia de héroes.

«En la villa de Algodonales, dice, adonde se fué con su familia, fué atacado por todo el pueblo por más de cuatro á cinco mil hombres de infantería; él estaba en la casa de D. Marcos Martel, que da frente al Norte, en una calle ancha que llaman la Plaza. Duró la accion desde la mañana temprana del 1.º de Mayo hasta las 9 de la mañana del dia 2. En el primer dia fué tomado todo el pueblo, y desde la tarde del 1.º hasta la hora de las 9, sólo atacaban su casa; le prendieron fuego y continuaba la mas vigorosa resistencia, hasta que por la ventana principal de la pieza interior que baja al jardin, fué herido de muerte, que espiró en los brazos de su muger, quedando la defensa de la casa sólo al cargo de D.ª Gerónima Romero, su hija, de 17 años, y al del su hermano, D. José María, de 12; ellos dos se batieron por mas de 1 hora en la misma pieza y ventanas donde fué muerto el padre, hasta que cayó D.ª Gerónima, herida de bala, por un Quadril; entónces, desplomándose ya la casa, subieron las tropas y se apoderaron de ésta. Habían ya muerto ántes Antonio Arenilla, su criado, D. Francisco Ascanio, que le acompañaba, de 70 años, la hija mayor de Romero, la 3.ª y una pequeñita de pecho; quedaron vivos: D.ª Ana Dorado, su muger, gruesa, de 42 años, de estatura regular; D.ª Gerónima, de estatura mediana, rubia, delgada; D.ª María del Rosario, de 7 años, morena, y su hijo D. José María, de 12 años, de buena estatura. D. José Romero, que era de edad de 45 años, grueso, redondo de

»cara, de 5 piés y dos ó tres pulgadas, buen color, pero tomado, y ojos azules.—La pérdida de los franceses en esta accion, fué grande, pero no se sabe fijo; pero arrastraron muchos muertos de la casa de Romero. El cadáver de Romero fué echado en una porcion de trigo, que ardía, por la muger é hijos para que no lograsen tomarlo los franceses.»

¡Espectáculo sublime de horror, sólo imaginable junto al que habían ofrecido Sagunto y Numancia, Ilturgis y Astapa en las edades antiguas, los Calagurritanos alimentándose de la carne de los suyos para prolongar la defensa, y los cántabros lanzando desde la cruz el *irrinzi* que había hecho temblar el Capitolio, mientras las mujeres ahogaban á sus hijos para que no sirviesen de trofeo á su augusto vencedor!

Los mármoles y el lienzo no han servido aún para representarlo; pero cuando España reconozca la deuda que ha contraído para con tantos hijos como ha amamantado, dignos de su gratitud, no faltarán para la memoria de Romero y la de su singular y heróica familia.

IV.

Estuvo á tal punto ignorada la hazaña de D. José Romero, que no la cita en sus páginas la *Gaceta de la Regencia*, aún redactándose en la misma provincia en que se ejecutó, y á pesar del ruido que naturalmente metería la ruina de pueblo tan considerable como Algodonales.

Y ¡caso extraño! esa misma *Gaceta*, al transcribir el 5 de Junio el parte del Comandante general del Campo de Gibraltar, de que hemos copiado los párrafos más importantes, negaba la catástrofe de Romero en una nota que decía lo siguiente:

«D. Blas de Aranza, prefecto de Sevilla por los franceses, y uno de los misioneros más fervorosos que emplea el gobierno intruso, publicó en la *Gaceta de Sevilla* de 10 de Mayo que Romero había sido muerto en Algodonales y que esta villa había quedado reducida á un monton de ruinas. Por aquí puede juzgarse de la veracidad y exactitud de las noticias de este y otros agentes de la tiranía.»

Parecería esto que, ó el Gobierno trataba de ocultar un suceso que podía dar ocasion á tristes consideraciones en los pueblos indefensos, haciéndoles temer suerte igual á la de Algodonales, Grazales y otros que resistían la dominacion francesa, ó que, comunicándose las noticias, por lo que se ve, con un atraso notable, no querría despues el periódico oficial manifestarse vencido por el del Intruso, así en la presteza como en la veracidad y exactitud de ellas.

Pero ¿no era preferible en la Regencia poner de

manifiesto el peligro de los pueblos ó exigir á sus agentes la responsabilidad de incuria tan lamentable, á que pudiera tacharse á la patria de ingrata para con sus hijos?

Negligencia debió, sin embargo, ser de los encargados de vigilar las operaciones del enemigo y de comunicar al Gobierno su marcha y resultados; y así parece demostrarlo la Real orden de 10 de Setiembre de aquel mismo año, cuyo contexto es una acusacion á que no sabemos cómo podrían contestar las autoridades de las provincias próximas á Cádiz.

Dice así: «Cuando en 29 de Julio último dije á V. E. que S. M. se había servido conceder la pension de ocho reales diarios á D.ª Ana Dorado, viuda de D. José Romero, Alcalde que fué de Montellano, no estaba informado el Consejo de Regencia individualmente de los particulares rasgos de heroicidad que concurrieron en la accion posterior de Algodonales; pero habiendo visto despues por los documentos justificativos que se han presentado que en aquella memorable accion excedió esta ilustre familia de héroes cuanto la historia nos refiere de sublime de lo de las edades pasadas; ha resuelto S. M. que sin perjuicio de derramar sucesivamente en su seno cuantos auxilios sean posibles para suavizar la amargura de sus desgracias, se entienda concedida á cada uno de sus hijos é hijas que han quedado, la misma pension de ocho reales que á la viuda, incluyéndose en dicha gracia á D. Juan Romero, Alférez del Regimiento de Caballería de Santiago, á quien S. M. concede además el grado de Teniente.»

El silencio de la *Gaceta* ha producido tambien despues el que nuestros más ilustres historiadores hayan descuidado á su vez la relacion del incendio de Algodonales y de la muerte de Romero. El mismo Schépeler, tan diligente siempre, aunque extranjero, para dar á su *Historia de la revolucion de España y Portugal* la importancia de datos que ningun otro ha proporcionado á las hasta ahora publicadas, deja de recordar uno tan interesante y que tanta gloria refleja sobre la nacion española.

Como acabamos de ver, al conocerlo, se apresuró la Regencia á darle todo el lustre que las circunstancias y el estado de la nacion permitian; añadiendo más tarde á las mercedes concedidas á la familia de Romero la de que su hijo menor ingresara como cadete en el colegio de artillería, establecido entónces, como todos saben, en la mayor de las islas Baleares.

En el mes de Julio de 1813, las Córtes pasaron con recomendacion al Gobierno una instancia del ayuntamiento de Montellano en que, despues de hacer una sucinta relacion de los servicios y proezas de su antiguo alcalde, pedía mayores mercedes

para su familia y una distincion honorifica que perpetuase la memoria de tan insigne patriota.

En 1820, y en instancia documentada, de que no se encuentran en las dependencias del ministerio de la Guerra más que extractos excesivamente lacónicos, doña Ana Dorado solicitó los atrasos de sus pensiones, ascensos para sus hijos y dotes para las hijas que la quedaban, además de la distincion á que nos hemos ántes referido.

Las Córtes de aquella época pasaron, como las de Cádiz, la solicitud al Gobierno, y éste al Tribunal Supremo de Guerra y Marina, cuyo fiscal propuso la formacion de un pequeño vínculo que perpetuase la memoria de Romero y fuese muestra elocuente de la gratitud nacional.

Qué resolucion obtuvo por fin aquella tan fundada exposicion, digna por todos conceptos de ser atendida, no ha logrado ni rastrearlo quien escribe éstos renglones por más diligencias que ha hecho para conseguirlo.

Sólo ha podido averiguarse la suerte posterior de los dos hijos de Romero que ingresaron en las filas del ejército, dignos verdaderamente de tal padre por su brillante conducta en los campos de batalla, no afortunados cual otros muchos sin su origen ni sus servicios.

El D. Juan, que, segun ya hemos dicho, comenzó su carrera de voluntario en Alcolea en Junio 1808, junto á su padre y al otro su hermano que pereció en Ocaña, obtenia el grado de capitán en Abril de 1839 por el mérito contraído en la persecucion de Gomez por Castilla y Andalucía. Y no fué tal estancamiento en su carrera por haber permanecido inactivo, pues que había hecho toda la guerra de la Independencia, la del período constitucional de 1820 á 1823 y la civil de siete años, ni por falta de servicios, pues que al ya citado había precedido uno brillantísimo en la batalla de Grá, donde cargando con los húsares de la Princesa había caido atravesado de cuatro lanzazos.

El menor, aquel que hemos visto figurar en la catástrofe de Algodonales, y que con su madre y hermanos cargaba los fusiles para Romero y su criado, fué, segun tambien hemos dicho, al colegio de artillería.

Promovido en Enero de 1817 al empleo de alférez, se distinguió en el cuerpo por su bizarría, especialmente en la guerra civil de 1833 á 1840, en la que ¡coincidencia extraña! estuvo mucho tiempo con la batería de su mando agregado á la legion francesa del ejército del Norte.

¡Cuántas veces recordaria entre los legionarios que peleaban á su lado á los aborrecidos soldados del mariscal Soult, con la tea en la mano y embriagándose con el espectáculo de la sangre y la ruina de su familia!

Entre los muchos actos de valor que conmemora su notable hoja de servicios, brilla uno notabilísimo, con el que salvó á la fuerza de su mando y á la Puebla de Arganzon, que aquella guarneecía, de una catástrofe que, al ejecutarlo él, parecia inevitable: el incendio del almacen en que se hallaba establecido el parque.

En 1853 se retiraba del servicio, y doce años despues, el 10 de Abril de 1865, fallecia en Logroño, poblacion á que, sin duda, se había aficionado desde la época de la guerra civil.

En otro país nadie ignoraria la hazaña de hombre tan singular como D. José Romero, ni la suerte de su familia, que se hallaria á cubierto de toda contingencia en cuanto á sus intereses: en esta nuestra triste España, despedazada por las luchas civiles, explotada por los partidos políticos y distraida de cuanto más puede interesar á su verdadera gloria por las ambiciones y la envidia, los verdaderos patriotas, los héroes no bullidores, los modestos obreros de la independencian nacional yacen en el olvido, compadecidos á lo más, calificados regularmente de estúpidos ó mentecatos.

Que no sea la posterioridad lo que la edad presente, y que veamos premiado el verdadero mérito y la abnegacion patriótica con lo que más han de estimar los que nos dieron ejemplos tan admirables, con la memoria de sus virtudes en los mármoles ó el bronce, en los monumentos que todo pueblo culto y agradecido levanta á sus héroes.

JOSÉ G. DE ARTECHE.

UNA SECTA RELIGIOSA Y POLÍTICA EN DINAMARCA.

GRUNDTVIG Y SUS DOCTRINAS.

III. *

Apasionado por Dinamarca, curioso por penetrar sus orígenes, ardiente para celebrar sus bellezas y sus glorias, Grundtvig no podía mirar con indiferencia las cosas de su tiempo. Desde su juventud fué entusiasta patriota escandinavo: sus estudios históricos le mostraron la unidad de raza de los daneses, noruegos y suecos. Soñaba con establecer sobre bases más sólidas la antigua unidad de Calmar, que reunió las tres coronas en la cabeza de la reina Margarita. Los contemporáneos recuerdan el ardor con que en 1814 se esforzó en inflamar el entusiasmo de sus ciudadanos por la defensa de Dinamarca, que la diplomacia europea acababa de conceder al rey de Noruega. Su llamamiento produjo mucha impresion en la juventud de Copenhague; pero las tropas sue-

* Véase el número anterior, pág. 96.

cas habían pasado ya la frontera, y Dinamarca tuvo que ceder. En aquella época, y durante muchos años despues, no tenía Grundtvig en política las ideas que se formó despues, y que, lo mismo que las doctrinas religiosas bosquejadas ántes, han llegado á ser una de las fases del grundtvigianismo. En aquella época era, como todos los daneses, partidario de la monarquía absoluta; pero con la diferencia de que, siendo la mayor parte absolutistas por instinto y algo inconscientemente, Grundtvig raciocinaba y fundaba sus ideas en bases históricas. Acostumbrado á considerar los hechos humanos bajo el punto de vista de la filosofía de la historia, seguía las evoluciones del espíritu público y la serie de los hechos para deducir las consecuencias. Poco accesible á las teorías francesas de 1789, se atenía á los principios de la revolucion danesa de 1660, que, al quitar el poder á la nobleza para darlo al rey, había producido gran bien á la nacion. Antes, el pueblo era desgraciado, se encontraba reducido á una condicion próxima á la servidumbre, agobiado por impuestos y sin apoyo contra la arbitrariedad de los señores. En los estados generales de 1660, la clase media y la popular se pusieron de acuerdo para conceder al rey Federico III el poder absoluto con el derecho hereditario, y la corona fué la salvaguardia del pueblo contra los nobles, no cesando de prosperar el tercer estado desde aquella época. En el siglo pasado, principalmente bajo la sábia administracion de Bernsdorff, que con razon ha podido llamarse el Colbert danés, el comercio de las ciudades adquirió gran desarrollo, y la situacion de los campesinos continuó mejorando; las antiguas enfiteusis feudales, que daban á los señores la parte del leon, cayeron en desuso: de feudatarios pasaron los campesinos á ser colonos, de colonos se elevaron poco á poco á la dignidad de propietarios, comprando las tierras de sus antiguos señores. No parecía necesario á Grundtvig realizar nuevas reformas: la organizacion de los poderes públicos había dado buenos frutos y merecía á sus ojos ser respetada. Tenía además prevenciones muy vivas contra el gobierno constitucional, no pudiendo acostumbrarse á la idea de un rey que no gobierna y de súbditos reinando. Una monarquía poderosa y patriarcal, que en un estado pequeño no es absolutamente irrealizable, le parecía la mejor forma de gobierno. Pero nada de esto debía tener permanencia en su espíritu.

Despues de 1830 se formó en Dinamarca la gran corriente de opinion pública que obligó diez y seis años despues al rey Federico VII á otorgar una Constitucion á su pueblo. La expansion de las ideas francesas que la revolucion de Julio había puesto en relieve en toda Europa; el espectáculo de los tristes acontecimientos de que fueron teatro los ducados

de Slesvig y de Holstein, impulsaron á las gentes ilustradas á ocuparse de la cosa pública. La lucha que se trabó en los ducados entre el elemento alemán y el danés tuvo por inmediata consecuencia excitar el patriotismo de ambos bandos, inundando Dinamarca, y levantando la opinion pública, hojas, folletos, canciones y tratados de historia. En fin, la insurreccion de los alemanes de los ducados llevó la excitacion al colmo: el partido del *Schleswig-holsteinismo*, que pretendía demostrar históricamente la union de los ducados y esperaba por este subterfugio anexionar el Slesvig á la confederacion germánica, levantó, como es sabido, el estandarte de la rebelion, guiándole el duque de Augustemburgo. Necesitábase todo el valor del bravo ejército danés, apoyado por la diplomacia europea, para triunfar de los rebeldes, á quienes, abiertamente primero y en secreto despues, no cesaba Prusia de mandar socorros.

Esta terrible crisis, estos peligrosos sistemas de dislocacion en una monarquía, tan frecuentemente mermada en el espacio de algunos siglos, abrieron los ojos á los patriotas daneses. Vióse la debilidad y la serie de faltas por que el gobierno había dejado echar raíces en los ducados de Elba las influencias alemanas y cómo una curia secular había permitido á la lengua alemana, símbolo de la nacionalidad germánica, suplantar á la danesa en las provincias donde reinaba exclusivamente en otro tiempo... Comprendióse que era necesario atender á la cosa pública y que había pasado el tiempo de la monarquía absoluta. La corriente constitucional adquirió nueva fuerza. En esta lucha dano-alemana, lucha de raza, á pesar del parentesco que todos quieren reconocer entre daneses y alemanes, Grundtvig había cesado de impulsar á la resistencia y de predicar la guerra santa. Vióse arrastrado como todo el mundo, y concluyó por creer que la monarquía absoluta y tradicional era impotente para salvar la Dinamarca y que había llegado la hora de ensayar el *self-government*. «En el siglo XVII, escribía aludiendo á la revolucion de 1660, el pueblo dió la libertad al rey; en el siglo XIX el rey dará la libertad al pueblo.» En 1839 componía un himno, que permanece siendo popular, que señala su conversion y que empieza diciendo:

«La mano del rey y la voz del pueblo—las dos son fuertes, las dos son libres;—las tuvimos en otro tiempo en Dinamarca—muchos siglos ántes de nosotros.—A pesar de las desgracias, los temores y los peligros,—ojalá reinen mucho tiempo—y den en nueva edad de oro—la felicidad á la vieja Dinamarca.

»El mismo Odin en la Walhalla—reune los Ases en consejo...»

El rey Federico VII comprendió que era necesario

ceder, y con un desinterés que le valió hasta su muerte inmensa popularidad, tomó en 1848 la iniciativa de reunir á la Asamblea nacional encargada de hacer una Constitucion.

Encontrábanse frente á frente dos grandes partidos: los *nacionales-liberales*, que comprendía la mayor parte de la clase media, empleados, profesores y estudiantes; y los *conservadores*, partido formado por la nobleza y los grandes propietarios. Estos últimos, á quienes su fortuna daba grande influencia en el Estado, eran hostiles á la idea de una Constitucion que les parecía el punto de partida de un período de igualdad que destruiría sus últimos privilegios; pero no siendo el mayor número, no pudieron hacer triunfar sus ideas. Los verdaderos autores de la Constitucion de 1849 fueron los liberales (1). Dividióse en dos Cámaras la representacion nacional (*risdag*): el *folkething*, nombrado por sufragio universal, pero con garantías de edad, de residencia y de moralidad; y el *landsting*, alta Cámara, formándose de miembros elegidos por sufragio universal de dos grados y doce representantes de la corona.—Desde que Dinamarca es un Estado constitucional, el poder ha permanecido casi constantemente en manos de alguna fraccion del partido liberal. Despues de corto eclipse (1852-1854) durante el cual reaparecieron los conservadores al frente de los negocios, los nacionales-liberales recobraron el poder y no lo dejaron hasta la guerra de 1864. Su política consistía en asimilar el Slesvig á Dinamarca y en dar una Constitucion separada al Holstein; conducta patriótica pero imprudente que condujo á la fatal guerra de 1864 y al desmembramiento. En un momento dado, la corona llamó al poder á los conservadores para ajustar la paz, pero no tardaron los liberales en reemplazarlos; hoy puede decirse que no existe ya el antiguo partido conservador. La nobleza, que empezó manifestando desconfianzas contra la Constitucion, vió muy pronto que no tenía mejor *palladium* y se unió á ella, porque liberales y conservadores vieron que tenían que luchar contra un adversario nuevo, el partido radical ó partido de los *amigos de los campesinos*.

Es una particularidad muy especial de los países escandinavos la existencia de un partido rural enfrente del de los habitantes de las ciudades. Bajo este punto de vista, Suecia, Noruega y Dinamarca se encuentran en una situacion análoga. La lucha entre los progresistas y los conservadores ha tomado el aspecto de lucha entre ciudades y campos. Y mientras que en Francia, como en casi toda Europa, el elemento rural es conservador, en los tres reinos citados, los campesinos son progresistas. La

razon de ser de este curioso fenómeno aparece claramente si se penetra en la organizacion de la sociedad escandinava. En todo tiempo ha existido profunda distincion entre el campo y las ciudades. Agrícola ante todo, la poblacion se dispersó desde su origen por los campos para cultivarlos: las familias crearon explotaciones rurales separadas y se fijaron en ellas. De aquí las grandes granjas ó *gaards* que cubren el país, y cuyos moradores no tienen otro lazo comun que la iglesia, frecuentemente aislada tambien en el centro de vasta parroquia. No se encuentra allí, como en los países neo-latinos, pueblos y aldeas formados por mercaderes y labradores mezclados. Los labradores, que constituyen la inmensa mayoría de la poblacion, habitan sus *gaards* y se dedican exclusivamente al cultivo. Los mercaderes, fabricantes y traficantes de todas clases forman la poblacion de las ciudades, en las que gozan por privilegio el derecho de ejercer su industria ó su comercio. A ellos recurren los campesinos para todo lo que no pueden procurarse por sí mismos. Entre nosotros, una ciudad no es más que una aglomeracion de habitantes: nuestros estadísticos dan este nombre á grupos de 2.000 almas, lo cual es puramente ficticio y arbitrario. Entre los escandinavos una ciudad lleva este nombre porque sus habitantes han adquirido el derecho de ciudadanía y los privilegios que le son inherentes: segun la palabra usada en los idiomas del Norte, ciudad es una plaza de comercio, *Kjøbstad*. En otro tiempo, la distincion tenía cierta importancia bajo el punto de vista de la reunion de los estados generales que comprendian cuatro órdenes: el tercer estado estaba dividido en dos partes; los campesinos y los burgueses. Oprimidos en Dinamarca los campesinos hácia la época de la reforma por la introduccion de costumbres alemanas, hace mucho tiempo que perdieron su importancia política: á principios del siglo XVII los reyes olvidaron frecuentemente convocarles cuando reunían Estados generales; pero no sucedió así en Suecia, y hace diez años pudieron verse reunidos por última vez los cuatro órdenes en Stokolmo. Hoy tienden á debilitarse estas antiguas distinciones. Sin embargo, aún vemos á los habitantes de las ciudades suecas exentas del servicio militar del *indelta* y los diputados noruegos elegidos separadamente, unos por las ciudades y otros por los electores rurales. En el reino danés, que ha experimentado más las influencias ó, como diría Grundtvig, el contagio de las ideas alemanas y francesas, la nivelacion está más adelantada; pero el antagonismo subsiste en las costumbres y en la legislacion. En las leyes danesas se acostumbraba aún establecer disposiciones particulares para las ciudades y los campos, á ménos que se diga al frente de la ley que se aplica á todo el país.

(1) La Constitucion de 1849 fué revisada en 1865, pero ha conservado sus rasgos principales.

Encontrándose así en oposición con los habitantes de las ciudades, comparándose con ellos y mirándolos con celos, los campesinos daneses se encontraban en propicias condiciones para escuchar la voz de los ambiciosos, dispuestos siempre á formar un partido cuando se trata de dirigirle. Añádase á esto que son instruidos, que leen periódicos y están al corriente de las novedades políticas; la ignorancia que tan perfectamente prepara á los hombres á sufrir las influencias de campanario, es un factor que no interviene allí. Antes de 1848, el partido de los campesinos no era más que un partido social; pedían la abolición de los pocos derechos feudales que quedaban aún, y nuevas facilidades para adquirir la propiedad de la tierra. Poco á poco se realizaron sus deseos; ya no quedan en Dinamarca rastros de las antiguas vejaciones del feudalismo; los campesinos se enriquecen: de arrendatarios se convierten en propietarios, y forman un *gentry* cuya importancia aumenta sin cesar. La Constitución de 1849, á cuya elaboración prestaron débil concurso, les dió los derechos políticos. Contáronse, y encontrándose en mayoría, pensaron en empuñar las riendas del gobierno. Sin embargo, sus representantes en el Parlamento, que se titulan *amigos de los campesinos* y que en su mayor parte son tráfugas de la clase media, no se separaron bruscamente de los liberales, limitándose á hacer una oposición moderada, y solamente á la caída del ministro Frijs (1870), al que habían apoyado, manifestaron su pretension y se hicieron francamente partido radical. Además de las reivindicaciones ordinarias á todas las democracias, pidieron disminución del número de empleados, reducción en los gastos militares y de los que ocasionan los teatros, los museos, las universidades, cosas de que solamente gozan las ciudades. En fin, como de mayor importancia que todas las reformas, pidieron que se estableciese la responsabilidad ministerial ante la segunda Cámara. Deseando llegar al poder, sabían bien que la corona, cuyas simpatías íntimas estaban por los conservadores y que había hecho ya un sacrificio llamando á los liberales, no distribuiría las carteras entre los *amigos de los campesinos* hasta el día en que la ley le obligase á ello. Los acontecimientos demostraron que tenían razón al suponerlo así, porque desde 1872, gracias á las coaliciones, están en mayoría en el *folkething* y los ministros van de caída en caída, sin que el rey se decida á elegir sus consejeros en la oposición.

¿Qué parte tomó Grundtvig en estos acontecimientos? ¿Cuál fué su puesto en medio de los partidos que se disputaban el poder? Miembro de la Asamblea nacional reunida para preparar la Constitución, representante del pueblo despues en los nueve primeros *folkething*, era una especie de centinela independiente, sentándose donde le parecía, votando

segun su conciencia, sin adhesión á ningun grupo. Sin embargo, su influencia fué considerable, y siempre la ejerció en sentido más liberal. Hombre de imaginación viva y de apasionado carácter, poco á poco llegó á romper con la monarquía absoluta, profesando sus nuevas opiniones con todo el ardor del neófito; no fué liberal á medias. En su amor hácia el pueblo, parecíale que un gobierno popular sería la salvación de Dinamarca. Dominado por ideas generosas, rectas y benévolas, juzgaba á los demás por él mismo; prestaba inconscientemente á sus compatriotas sus propias virtudes, y en su optimismo de hombre honrado, creía que los asuntos públicos marcharían con tanta mayor prosperidad cuanto más libremente pudieran desarrollar sus privilegiadas facultades sus queridos daneses. Tal era, sobre poco más ó menos, la doctrina de los economistas franceses del siglo XVIII. Para los fisiócratas, cuyas ideas se confunden algunas veces con la filosofía de Pangloss, los hombres abandonados á su instinto y siguiendo su inclinación, formarían una sociedad perfecta, puesto que reina maravillosa armonía entre sus necesidades, sus apetitos y sus pasiones. El Estado, queriendo imponerles un freno inútil, es la causa de todo el mal social: «Dejad hacer, dejad pasar,» es la primera y última palabra de la escuela optimista. Si la sociedad pereciese por exceso de libertad, aún se encontraría algun doctor Sangredo que deplorase que no se hubiese concedido más... El buen Grundtvig no se detenía siempre á tiempo en su fuego liberal, y le veremos someter al Parlamento extrañas proposiciones. Sin embargo, su patriotismo y su fe religiosa le impedían casi siempre traspasar la medida. Si en una composición poética escribió estas frases que tantas veces le han criticado: «Que la libertad sea nuestra consigna en el Norte, libertad para Lokis y libertad para Thor» (sabido es que Lokis es la personificación del mal,) debemos decir que al escribirlas no pensaba expresar una teoría política. Las líneas siguientes demostrarán, por el contrario, que sabía ser moderado en sus principios. «La libertad, escribía en su estilo lleno de imágenes, es una palabra resbaladiza como la anguila; nunca se debe pensar ni hablar de ella sin saber de antemano á qué fuerzas se le quiere conceder y en qué medida, porque mientras la sociedad civil está fundada en esta verdad, á saber, que la libertad es una exigencia de la humanidad para el fácil desarrollo de todas las fuerzas nobles bienhechoras, el desencadenamiento de las fuerzas bestiales, salvajes y destructoras es una pérdida para los hombres. Así, pues, las leyes no son verdaderamente buenas si no facilitan y protegen la libre expansión de las fuerzas provechosas.»

El hombre que con tal prudencia hablaba pudo

errar algunas veces en la práctica, pero supo prestar á su país verdaderos servicios. Contribuyó, como ya se ha visto, á hacer incluir en la Constitución de 1849 una cláusula relativa á la libertad de cultos, cláusula saludable, si las hay, pero en oposicion entónces con las ideas recibidas en el Norte. Avanzando más, propuso la separacion absoluta de la Iglesia y del Estado, y con este objeto presentó en 1850 un proyecto de ley estableciendo el matrimonio civil, y por medio de sus amigos, en 1859, una proposicion extraña para secularizar el sacramento de la confirmacion, convirtiéndolo en una especie de prestacion de juramento civil que, al llegar á cierta edad, deberían hacer todos los jóvenes daneses. Como puede suponerse, estas dos proposiciones fueron rechazadas; pero Grundtvig fué más afortunado en otros puntos. Ya hemos dicho que obtuvo para los fieles la libertad de recibir los sacramentos fuera de la respectiva parroquia, y hasta la de crear parroquias *electivas*. Si no pudo llegar hasta la abolicion de la Iglesia nacional, consiguió por una parte hacerla ménos intolerante, y por otra autorizar á su lado las iglesias disidentes, lo cual era un gran progreso. En materia puramente civil, hizo incluir en la Constitución de 1849 una promesa de reforma de procedimientos para simplificar las exigencias de los antiguos procedimientos adoptados en todas épocas en el Norte. Reclamó además la abolicion de los gremios, la libertad ilimitada de la prensa, la secularidad de la instruccion primaria, la supresion de exámenes para la admision en ciertos cargos públicos; peticiones prematuras que no pudieron ser del agrado de la mayoría de la Asamblea, aunque liberal, pero que muestran claramente que el pastor de Vartou caminaba derechamente á su objeto, sin intimidarse por las aprensiones de los que llamaba liberales falsos. La censura más grave que puede dirigirse á Grundtvig en política es que partía de ideas preconcebidas, de principios *a priori*, y se cuidaba muy poco de las circunstancias en que se encontraba, de las susceptibilidades que era necesario respetar y de las prevenciones que había que vencer. Grundtvig era un teórico; no era hombre de estado; faltábale para esto la habilidad, la flexibilidad y el arte de saber someterlo todo á esa suprema razon de Estado que solamente puede expresarse con una palabra inglesa, porque solamente los ingleses la conocen: el *expediency*.

Mientras Grundtvig se sentó personalmente en el Parlamento—hasta en 1859—los *amigos de los campesinos* formaron un partido embrionario. Más adelante, cuando llegaron á ser poderosos, sobre todo en 1870, trataron de atraerse los diputados grundtvigianos que seguían la línea de conducta trazada por el maestro y representaban su política; pero

los *bondevenner* no se picaban de rigurosamente ortodoxos; léjos de esto, siempre se les había tenido por groseros materialistas, y en achaques de patriotismo habían dado repetidas pruebas de indiferencia. Por otra parte, acusaban á los liberales moderados de no querer la verdadera libertad; censurábaseles su timidez, su poco gusto por lo popular y quizá tambien su frialdad respecto al *incomparable descubrimiento*. Los grundtvigianos vacilaban entre los dos extremos durante algun tiempo, pero al fin llegó el dia en que tuvieron que decidirse. La ambicion, que es mala consejera, les llevó al partido radical. Mientras que un pequeño número solamente, con M. Ternasen, profesando de corazon las doctrinas del maestro, permanecían fieles á su pasado y á sus principios, la casi totalidad marchó á engrosar las filas de los *amigos de los campesinos*, que eran la potencia del dia. Grundtvig, viejo ya y débil, no se pronunció abiertamente sobre la conducta de sus discípulos. Sin embargo, había advertido los peligrosos síntomas de dislocacion que se manifestaban en su partido. «El hacha está al pié del árbol,» había dicho en uno de sus últimos sermones. Hoy ha penetrado hasta el corazon del tronco. Sabido es cómo está compuesto hoy el Parlamento. En la Cámara alta tienen mayoría aún los conservadores liberales; pero en el *folkething* triunfa la oposicion. De ciento y pico de miembros de que se compone esta Asamblea, solamente tiene el gobierno cincuenta votos. Las oposiciones forman un grupo compacto bajo el nombre de *izquierda reunida*, obedeciendo á rigurosa disciplina. Los *amigos de los campesinos*, que preconizan la política de los intereses materiales, y en caso necesario, la reconciliacion con Alemania, se codean con los grundtvigianos, devotos y patriotas, y que en otro tiempo confundían en el mismo culto á Dios y á la patria. Esta extraña coalicion *del espíritu y de la materia* ha hecho frente á los tres ministerios liberales que se han sucedido en el espacio de cinco años. De la misma manera que el conde de Holstein-Holsteinborg y que M. Tonnesbech, M. Estrup, el primer ministro actual, gobierna apoyándose en la alta Cámara y en la confianza del rey. La izquierda reunida ha llegado hasta negarse á votar el presupuesto, y es probable que, sin el temor de una disolucion, renovaría hoy esta maniobra. En fin, y lo que es más grave todavía en un país donde el patriotismo es tan vivo, ha negado los créditos que solicitaba el gobierno para la defensa del territorio. Los *amigos de los campesinos* han dicho que solamente consentirían en los gastos militares proyectados á condicion de que los recursos destinados á hacer frente á ellos se tomasen de un impuesto sobre la renta. Con su obstinada resistencia han detenido trabajos urgentes é impedido reformas indis-

pensables. Asociándose á tales actos, los grundtvigianos del Parlamento han faltado á las ideas que debían defender; el maestro no los reconocería, y las doctrinas del *Dansk folketidende*, órgano oficial de su política, horrorizan á los amigos fieles de Grundtvig. Tres cosas constituían la fuerza y razón de ser del grundtvigianismo político: la patria, la religión y la libertad. Su error fué atender exclusivamente á la tercera, descuidando las otras dos.

IV.

Los sermones y despues los libros y periódicos fueron los primeros medios de propaganda de las doctrinas grundtvigianas; pero Grundtvig, á quien su género de vida había llevado naturalmente á ocuparse de las cuestiones de instrucción, no tardó en comprender cuán importante era para la expansión de sus ideas influir, no solamente sobre hombres formados, difíciles siempre de convencer, sino también sobre jóvenes, cuya mente es más flexible y más accesible su alma.

Por una singularidad que sorprende á primera vista, el piadoso pastor de Vartou era ardiente apóstol de la instrucción primaria laica: ya hemos visto que presentó en el Parlamento una proposición en este sentido. Parecía que la religión es ante todo asunto de familia y de educación primaria. Los padres deben iniciar á sus hijos en los primeros elementos de su culto, y ellos completarán despues sus creencias con sus lecturas y reflexiones personales. La instrucción religiosa, pagada y dada por un profesor oficial, solamente llena la memoria, siendo impotente para impresionar el espíritu y el corazón de aquellos á que está destinada. Por lo demás, la instrucción primaria solamente puede comprender el estudio de los medios de aprender, como la lectura, escritura y cálculo; pero en un país que pretende gobernarse libremente, en un pueblo que comparte la soberanía con el rey, no basta poseer estos instrumentos del trabajo del espíritu. Para comprender las cuestiones vitales de la política, para emitir un voto con conocimiento de causa, se necesita una cultura moral y un desarrollo intelectual que no pueden dar algunos años de permanencia en la escuela parroquial, años precisamente de la niñez. Se necesita haber estudiado la historia del propio país; conocer la índole, las aptitudes, las necesidades, las costumbres; estar iniciado en las grandes leyes que rigen el desarrollo de las sociedades humanas, y, sobre todo, amar á la patria. Penetrado de estas ideas, Grundtvig odiaba los liceos daneses, en los que, como en Francia y en Inglaterra, forman la base de la enseñanza las lenguas clásicas. Si transigía fácilmente con el griego, que conocía bien y cuyas bellezas no podía menos de admirar, le exasperaba la *latinería*. En cier-

to folleto, en que criticaba la Academia de Sarö, no omitía inventivas contra el contagio latino que corrompe á los escandinavos, contra el espíritu latino que ahoga el espíritu del Norte y amenazaba destronar á Horacio y á Virgilio para levantar sobre el pavés los Sennund, los Snorri y toda la pléyada de los antiguos compiladores de los Sagas y de los Eddas. Olvidando que la civilización de la Europa moderna, de Dinamarca como de las demás potencias, tiene origen romano, que despues del arte de fabricar el bronce, los escandinavos no han aprendido nada que no sea por el contacto de los hombres del Sur, quería romper los lazos que unían á su país con la cultura latina. Parecía que en vez de ofrecer por modelos á la juventud los grandes hombres de Roma y Atenas, debían buscarse ejemplos en la historia y en la leyenda autóctonas, y proponer á su admiración los grandes hechos de los héroes del Norte. En una palabra, debían sustituirse á los colegios latinos escuelas nacionales, donde no se recibiese una enseñanza muerta, fundada en una civilización extranjera y pasada, sino instrucción viva, conforme á las ideas y á las necesidades de nuestra época, y sobre todo patriótica. En fin, Grundtvig soñaba con edificar algún día sobre las ruinas de las Universidades actuales una vasta Universidad escandinava, inmensa oficina de ciencia, donde enseñarían 300 profesores á la vez, creada y sostenida á expensas de los *tres reinos hermanos* para la difusión de la alta cultura intelectual. Acariciaba amorosamente este sueño, mientras prodigaba sarcasmos á las Universidades de Copenhague, á sus rancios métodos, á sus costumbres escolásticas, á su pedantismo latino y á su jerga alemana; tan ingrato era el antiguo estudiante de teología, cegado por la pasión, con el *alma mater* que le había alimentado en su seno durante muchos años. Este vasto proyecto nunca pasó de una ilusión, pero en cambio nacieron y se multiplicaron poco á poco por todo el reino escuelas grundtvigianas de orden más modesto, encontrándose hoy algunas de ellas hasta en los puntos más apartados del Jutland con el nombre de *folkhøjskoler*, literalmente *altas escuelas de campesinos*. Estas escuelas son casi exclusivamente para los habitantes de los campos, representando para ellos el instituto y la universidad á la vez. Grundtvig consideraba á los campesinos como el corazón de la nación. A sus ojos, la clase media, más ó menos cosmopolita á causa de las constantes relaciones que el comercio establece en los países extranjeros; la nobleza, con sus relaciones de familia con las grandes casas de la Alemania del Norte, eran sospechosas y no representaban ya la raza escandinava en toda su pureza. Para encontrar sin mezclas los verdaderos descendientes de los antiguos daneses, era neces-

rio dirigirse á los cultivadores del suelo; estos solos debían regenerar la patria; los esfuerzos de los patriotas debían tender á formarles y dirigirles bien. A este objeto debían concurrir las altas escuelas.

La primera *Folkhøjskole* la fundó en 1844 un amigo de Grundtvig, el consejero de Estado Flor, en la parroquia de Rodding en Slesvig. Encontrábanse entónces en lo más fuerte de la agitación germánica de los ducados. Creóse la escuela como un baluarte del amenazado escandinavismo. Hé aquí en qué términos exponía sus tendencias M. Flor; sus palabras son el exacto resúmen de los principios en que se han inspirado sus imitadores: «El objeto principal de la instrucción que se recibe en nuestra alta escuela, dice, no consiste tanto en los conocimientos prácticos que procuramos dar á nuestros discípulos como en la vida intelectual que procuramos despertar y desarrollar en ellos para regenerar su espíritu, madurar su juicio, educar su corazón, estimular en ellos el sentimiento del orden, de lo bello, reemplazar los hábitos de ociosidad por el amor al trabajo, dar mayor rectitud á su carácter y á todo su ser, hacer brotar y que se fortifique en su alma el sentimiento de solidaridad nacional y de adhesión á la patria.» La preocupación del patriotismo la expresaban con más viveza aún otros escritores. «Nadie, dice M. Nørregaard, director de la escuela de Testrup, puede vivir sin llevar el sello de su nacionalidad; la instrucción debe ser por lo tanto nacional, para abrir el corazón á la vida nacional, á sus esperanzas y á sus peligros.»

Compréndese que una enseñanza de esta naturaleza no puede dirigirse á niños: no se admiten discípulos menores de catorce ó quince años, después de la confirmación; la mayor parte tienen por lo menos veinte años, «edad en que las grandes cuestiones de la vida son para ellos cuestiones vivas como deben serlo.» Ordinariamente las escuelas están abiertas desde el mes de Octubre al de Abril. Cuando se recogen las cosechas, concluyen los trabajos del campo: durante los rigurosos inviernos del Norte, las tierras están cubiertas de nieve, y los campesinos tienen largos ocios. En esta época los jóvenes amantes del estudio, y á quienes no extrañan las doctrinas grundtvigianas, pueden asistir á la alta escuela. Por la módica cantidad de 175 francos se les da comida y alojamiento durante el curso; la condición de internos, que en Dinamarca como en Alemania se considera perjudicial para la educación, es aquí una necesidad; presentando además la ventaja de facilitar la influencia de los maestros sobre sus discípulos, poniéndoles en relaciones por más tiempo. Es cosa digna de notarse, y muy característica del espíritu danés, el apresuramiento

de aquellos jóvenes, de pesados movimientos, endurecidos ya por los trabajos de la tierra, en acudir, por amor al estudio, á someterse á una disciplina casi monástica y á un régimen de vida tan contrario al suyo. Necesítase gran fuerza de voluntad para plegar á los trabajos intelectuales un espíritu al que los trabajos corporales han hecho perezoso y lento. Bajo el punto de vista de la vida material, no se cambia nada: la leche, la manteca, queso y pan negro forman la base de la alimentación de los alumnos de las altas escuelas, como lo es para el más sencillo campesino. La escuela misma tiene rústico aspecto, no distinguiéndose de las granjas más que en la mayor limpieza, limpieza que ejerce influencia muy saludable.

El objeto de la enseñanza, como ántes dijimos, no es dar conocimientos prácticos, sino, según la palabra admitida por los grundtvigianos, *despertar* el espíritu. Los jóvenes campesinos que acuden á la alta escuela, no saben con seguridad lo que van á buscar á ella; frecuentemente piden completar sus estudios de escuela primaria, cuyas lecciones tienen algo olvidadas. La instrucción primaria es obligatoria en Dinamarca desde 1814, y la idea de la obligación se ha arraigado de tal manera en todos, que ni aún aquellos á quienes perjudica piensan en quejarse; pero esta instrucción no es muy extensa ni muy profunda, y después de cinco ó seis años, frecuentemente no queda otra cosa que la lectura y la escritura. En una palabra, los discípulos desearían una enseñanza práctica; pero los grundtvigianos no lo entienden así; quieren *despertarles*, lo cual no podrían hacer las nociones de cálculo ó de química agrícola. ¿Qué significa eso de *despertar*? En este asunto, mejor es dejar la palabra á un escritor *despierto* él mismo, y como tal, en excelente situación para responder. M. Antoine Niessen, autor de numerosos folletos destinados á propagar en el pueblo las bellezas del *incomparable descubrimiento*, ha escrito una novelita titulada *Juan que ha asistido á la alta escuela*, en la que se trata de un joven desordenado, al que algunos meses de régimen grundtvigiano transforman poco menos que en santo. Juan encuentra á un director de alta escuela, y hablando con él. «Yo sé, le dice el maestro, desatar la lengua á los hombres y hacerles caer las escamas de los ojos. Existen hombres que no ven la mitad de lo que debían ver, aunque poseen los ojos del cuerpo. El bosque se adorna en el mes de Mayo con verde follaje, la pradera se cubre de césped y de flores, el sol pasa diariamente con maravilloso resplandor y las nubes se miran en las aguas de los lagos; pero el campesino que tiene todo esto delante de los ojos, no lo ve, ó si lo ve, lo mira como mira una vaca, un molino de viento... Tenemos una hermosa patria, donde vivieron nues-

tros ilustres antepasados y que nos han dejado en herencia; tenemos nuestra querida lengua danesa, con la que nuestra madre cantaba al mecernos en la cuna; tenemos el noble recuerdo de las hazañas de nuestros abuelos. Debemos ver estas bellezas para comprenderlas, conservarlas y trasmitirlas á nuestros descendientes...» Bajo este lenguaje, tal vez algo ingénuo, se reconoce claramente el pensamiento de Grundtvig, su amor á la naturaleza, su instinto de popularidad. Véase que se dirigen á la imaginación y al corazón más que á la inteligencia y á la razón, para *despertar* las almas y lo que se entiende por esta palabra.

Los discípulos están sometidos á un régimen que les absorbe todo el día. Lecciones, cantos, conversaciones, lecturas, oraciones, todo encaminado al mismo fin. Las lecciones, á las que se dedica la mayor parte del tiempo, no duran ménos de seis á siete horas por día; pero solamente se pide á los discípulos que presten atención á las explicaciones. Como los profesores participan de la prevención de Grundtvig hácia la escritura *muerta* y de su gusto por la palabra *viva*, no llevan á mal que los discípulos no tomen ni una nota. Solamente les quedará una impresión general, y precisamente esto es lo que desean. Aquellos jóvenes campesinos, que la víspera eran aún boyeros ó labradores, oyen entusiastas descripciones de los países escandinavos: el profesor se fija en las bellezas de la naturaleza y las obras más notables de la industria humana; las montañas, los fiords, los productos del suelo, las ciudades, los monumentos. Las lecciones forman una geografía poética destinada á dar á conocer y, mejor aún, á hacer amar el teatro de los relatos místicos é históricos, tan queridos de los grundtvigianos. Remóntanse hasta las edades más antiguas, y dan á conocer los primeros habitantes del Jutland, de las islas y de la península viviendo de la caza y de la pesca y formando en las riberas fiords, y en el fondo de los antiguos bosques de pinos, que precedieron á las hayas de nuestros días, aquellas rústicas ciudades cuyos emplazamientos han revelado á los anticuarios modernos montones de conchas y de huesos. Los daneses estaban entonces en la edad de piedra; cortaban la carne y preparaban las pieles con groseros instrumentos de sílex. Después aparece el arte de trabajar los metales, primero el bronce y después el hierro. Esta es la edad heroica del Norte, la época de los grandes combates y de los grandes sacrificios, cuyo recuerdo han conservado las leyendas. Las hordas diversas, aunque de la misma raza, que poblaban la Dinamarca y la península sueco-noruega luchaban entre sí con encarnizamiento, dando por resultado estas luchas, en el interior la formación de los tres reinos actuales, y en el exterior, las expediciones de los Vikings y

las conquistas de los normandos. Arrojado por la guerra civil, Gangerolf ó Rollon conquistaba la Normandía; otros se apoderaban de Inglaterra y de Finlandia, y otros, en fin, lanzaban sus audaces barcas hasta Islandia y América. Esta es la edad en que Thor, Odin y Freya recibían los homenajes de los pueblos del Norte, en que la Walhalla se abría á aquellos feroces guerreros á quienes los dioses no podían ofrecer mejor recompensa que eternos combates. La poesía y la música se unen á la elocuencia del profesor: gracias á éstas, se impresiona con mayor viveza la imaginación, y el espíritu experimenta conmoción más profunda. Tan desarrollado está en los escandinavos el sentido musical, que á los pocos días de ejercicios los jóvenes campesinos cantan con voz llena y sonora y al mismo tiempo con una expresión que seduce. Entonan las canciones, himnos ó baladas que Grundtvig compuso en alabanza de los dioses ó de los hombres del país, y arrastrados por el entusiasmo que hace brotar la música en los que la comprenden, se apasionan por los héroes de las leyendas nacionales y se penetran de ese extraño pasado al que el alejamiento da cierta salvaje grandeza.

Cuando se llega á la historia moderna, es más difícil la aplicación de este método de enseñanza poética. El profesor se extiende sobre la vida pública y privada de los daneses de los diferentes siglos y de las diferentes clases de la sociedad: sin descuidar las guerras, cuyo recuerdo puede excitar el patriotismo, prefieren ese género de historia interior é íntima de la patria, que es más á propósito para hacerla amar que el relato de las batallas; han tomado de Alemania y aclimatado en Dinamarca las lecciones de historia de la civilización, que frecuentemente suministran á los sabios del otro lado del Rin ocasión para exponer multitud de hechos poco relacionados y no siempre interesantes, coleccionados durante muchos años. Inventos y progresos industriales y agrícolas, literatura, ciencia, música, bellas artes, todo tiene cabida en estas colecciones. Empiézase al mismo tiempo á inculcar en el espíritu de los discípulos las teorías grundtvigianas: el escandinavismo reina en absoluto, y se predica la reconciliación con los suecos y noruegos, la unión de los *reinos hermanos*. Además se enseñan elementos de derecho administrativo y constitucional, para dar á conocer el mecanismo de las instituciones nacionales y poner á los discípulos en estado de ejercer discretamente los derechos políticos. Por medio de las lecturas y conversaciones se les inicia en los asuntos públicos contemporáneos, y se les infunde el liberalismo apasionado de Grundtvig que frecuentemente lleva á la demagogia. La influencia de los profesores es tanto más considerable, cuanto que no existe examen ni prueba alguna que marque una

línea divisoria entre el que explica y los que oyen.

Esta enseñanza patriótica y poética á la vez es el objeto principal de las altas escuelas. A esto se sacrifica todo lo demas, hasta los estudios religiosos, que frecuentemente no son objeto de lecciones especiales. Los discípulos conocen ya los principios fundamentales de la doctrina, y los profesores se esfuerzan sobre todo en afirmar en ellos la fe, haciéndoles observar en la historia el encadenamiento divino de los acontecimientos, mostrándoles Dinamarca como *la nueva Palestina*, que Dios ha colmado de bendiciones hasta el dia en que le concedió la felicidad suprema de que naciese en ella Grundtvig. Las leyendas de los primeros tiempos del cristianismo, los relatos de la conversion de los escandinavos y de la introduccion de la reforma en el Norte y los cantos religiosos son más á propósito que las discusiones dogmáticas para hacer amar á la religion y para *despertar* á los jóvenes oyentes. Sin embargo, los campesinos daneses, aunque tienen tal vez imaginacion más soñadora que los de otros países, no por eso desdeñan lo útil. Para atraerlos se hacen algunas concesiones á sus exigencias utilitarias, y se dedican algunas horas por semana á la aritmética, á la contabilidad, á la economía rural, á la quimica agrícola y á la escritura, algo olvidada algunas veces. Por otra parte, si existe identidad en los principios, los detalles de la enseñanza suelen variar segun el criterio de los directores ó segun las necesidades locales. En Lyngby, cerca de Copenhague, M. La Cour, antiguo oficial danés, dedicado con extraordinario ardor á la instruccion de los campesinos, ha añadido una escuela de agricultura á la *folkhojskole*. En *Blaagaard*, en un barrio de Copenhague, se aprovecha la proximidad de la ciudad para hacer visitar los museos y las colecciones científicas, y hasta para hacer asistir á los discípulos á las sesiones del *Rigsdag* que tienen grande interés patriótico. En Hindholm se ha hecho más aún: el director Nidsem, uno de los hombres más eminentes del partido, ha fundado una escuela normal ó seminario para los profesores rurales. Añadamos á esto que hace algunos años muchas escuelas reciben muchachas durante dos ó tres meses del verano.

Ya dijimos que la propaganda grundtvigiana ha obtenido cierto éxito en Noruega, habiendo fundado 10 ó 12 escuelas. En Suecia solamente se cuentan dos ó tres, en Scania, antigua provincia danesa, de la que en cierto modo Copenhague es la metrópoli actual; pero hasta ahora en Dinamarca solamente pueden ejercer influencia real en la nacion las altas escuelas de campesinos por el número de discípulos que encierran. Estas son, por lo ménos, 60 con 2.500 discípulos, que acuden en el invierno y vuelven en seguida á sus familias, en las que propagan

las ideas de que están embebidos. De todas las creaciones de Grundtvig, esta es la más fecunda y la más próspera. El Estado ha comprendido su utilidad, y reparte entre ellas 11.000 reigsdalers, cantidad que no está en relacion con el actual estado de cosas. Los adversarios de Grundtvig se han apresurado á fundar escuelas del mismo género para propagar sus ideas de ateismo y socialismo: existen algunas de ellas en Futland, creadas por el demagogo Björnback d'Aarhus. Sin embargo, si universalmente se alaba el principio de las altas escuelas, no sucede lo mismo con todas las consecuencias prácticas de la enseñanza grundtvigiana. Bajo este punto de vista, los hombres de opiniones moderadas, que hacen justicia á Grundtvig, aunque sin participar de sus ideas, no disimulan sus temores. Temen que los resultados no estén al nivel del cielo y de la abnegacion de los piadosos grundtvigianos, que han dedicado su vida entera á la gran causa de la educacion nacional. Bajo el punto de vista patriótico, las ventajas de los *folkhojskoler* no podrían negarse, puesto que han contribuido grandemente á propagar el amor á la patria en la poblacion de los campos. Bajo el punto de vista moral y religioso, tampoco se les pueden negar elogios: sea la que quiera la opinion que se tenga sobre el valor real de la doctrina, no puede negarse que las ideas religiosas y morales adoptadas en la enseñanza grundtvigiana son sanas, anchas, tolerantes y á propósito para levantar la moralidad pública. El peligro que los hombres previsores han señalado es de otro género. Muchos discípulos de las altas escuelas, cuando vuelven al seno de sus familias, pasan por sabios, y fácilmente se persuaden ellos mismos de que lo son. Apodérase de ellos la ambicion: ¿por qué no habían de ocupar puesto en el municipio ó en el consejo provincial? ¿Por qué, con una poca fortuna, no habían de llegar algun dia á sentarse en el Parlamento? ¿Los diputados Termansen y Dinesen no eran sencillos campesinos y discípulos de las altas escuelas del pueblo?

La ambicion no es condenable en aquel que puede ocupar dignamente el puesto á que aspira; pero no sucede lo mismo en la generalidad. Campesinos que durante algunos meses han cantado himnos nacionales y escuchado lecciones de historia, por *despiertos* que se les suponga, no pueden ser, salvando los casos excepcionales, más que muy medianos *politicians*. Los daneses no deberian olvidar jamás la bella comedia en que su gran escritor Holberg describe con un gracejo que no hubiese desdeñado Moliere las desventuras de un pobre estañero que se cree nombrado burgomaestre de Hamburgo. Triste sería que escuelas creadas y dirigidas con tan admirable abnegacion, se convirtiesen en viveros de *politicians*, ó, como dicen los daneses, de

kandestöber (1). Este sería el escollo contra que chocarían si el buen sentido público no pone coto á sus inquietadoras veleidades.

Pero no debe exagerarse el alcance de estos síntomas. En último caso, las altas escuelas son un legado precioso de Grundtvig á Dinamarca, más precioso que las doctrinas religiosas y políticas, que indudablemente tendrán época limitada. Ya hemos visto que el grundtvigianismo, como partido político, estaba en disolución y había perdido su razón de ser al fundirse con la *izquierda reunida*. Como doctrina religiosa, ha sido útil para dar vigoroso impulso al cristianismo en el Norte: al difundir en las masas el gusto por la instrucción, al abrir escuela de patriotismo, puede ejercer influencia poderosa y salvadora para el porvenir del país.

JORGE COGORDAN.

(*Revue des Deux Mondes*).

LAS ALTERACIONES GEOLÓGICAS.

LA CATÁSTROFE DE LA ISLA DE LA REUNION.

Las causas.—Caida de una montaña de tres mil metros de altura.—Principales cataclismos geológicos análogos.—Las metamorfosis perpetuas de la superficie del globo.—Accion permanente de las fuerzas de la naturaleza.

Nuestros lectores recuerdan sin duda la horrible catástrofe de la isla de la Reunion, cuya noticia han circulado los telegramas hace poco tiempo. Esta isla ha sido teatro de un verdadero cataclismo geológico, desconocido por completo en la historia de la colonia francesa.

Una montaña de tres mil metros de altura se ha desmoronado por completo, cayendo y extendiéndose en todas direcciones y sepultando con su inmensa masa un rico y magnífico país, inmensas plantaciones, una preciosa aldea y sus 62 habitantes. El accidente sucedió el 26 de Noviembre último entre cinco y seis de la tarde. Despues de un prolongado trueno que no se ha podido averiguar si iba precedido de exhalacion eléctrica, dejóse oír un rugido sordo é infernal, como un tumulto de los elementos conjurados, y la aldea y la llanura desaparecieron bajo un espesor de 40 á 60 metros de piedras amontonadas.

Excusado es decir que los testigos de esta avalancha no pudieron imaginar ningun medio de encontrar los cuerpos de las víctimas. Toda la comarca acababa de ser metamorfoseada; las gargan-

tas y barrancos se habían colmado, las cañadas y valles terraplenado y los ríos separado de sus cauces. Una superficie de 120 hectáreas había quedado cubierta de despojos de la montaña, y cantos enormes habían sido arrojados á más de tres kilómetros de distancia, aplastando casas bastante alejadas del lugar del siniestro.

En cambio, una porcion de la montaña, en la cual había una casa, plantaciones y árboles que han quedado en pié, se deslizó en una extension de 2.000 metros, bajando unos 300. La familia que habitaba la casa, el marido, la mujer y un niño, fueron transportados sanos y salvos; sólo recuerdan haber experimentado una sacudida horrible, seguida de un movimiento de traslacion vertiginoso del que apenas pudieron darse cuenta despues de haber conocido el inmenso desastre de que se habían librado. En la misma comarca, un bosque entero pasó sin sufrir nada de la orilla derecha de un río á la orilla izquierda...

La isla de la Reunion es de formacion volcánica. Su aspecto crateriforme es tan fácil de reconocer en un plano topográfico, como el de los cráteres de la luna, y aún hoy posee un volcan en actividad en la region oriental de la isla. Explicase, pues, fácilmente que los habitantes de esta colonia francesa hayan atribuido la catástrofe á una conmocion volcánica, con tanto más motivo, cuanto que la caída y los choques de los pesados materiales constitutivos de la montaña entera no se han producido sin originar la sensacion de un temblor de tierra, un olor sulfuroso acentuado y las nubes de polvos de puzzolana que acompañan á las erupciones volcánicas.

Sin embargo, la actividad volcánica no es necesaria para explicar el siniestro. Tenemos aquí sencillamente un nuevo ejemplo de traslacion de terrenos análogo al que en 1806 sepultó la aldea de Goldau en Suiza. Un resbamiento de terreno semejante es no sólo natural sino fatal. Las lluvias desgastan las tierras y capas minerales que sostienen las rocas, y éstas, en virtud de su propio peso, resbalan y caen. Algunas veces este deslizamiento es lento, como el de Righi en 1795, que duró quince dias y permitió á los habitantes de la aldea de Waerggis, situada al pié, salvarse cómodamente; otras veces es instantáneo, como en el caso de la isla de la Reunion, pero siempre viene preparado de larga fecha. Más de un año ántes de la catástrofe de que hablamos, M. Velain la había anunciado á consecuencia del exámen de los escapes y del efecto de las lluvias torrenciales. Los franceses de la isla de la Reunion no deben conservar ningun temor acerca de amenazas volcánicas, pero deben estar en guardia contra los resbamientos de terrenos que se preparan no léjos del sitio de la última catástrofe.

(1) La palabra *kandestöber*, estafiero, ha pasado á ser proverbio en la lengua danesa, desde la comedia que citamos y que se titula *El estafiero político*.

Acabamos de recordar el siniestro de Goldau, cuyas ruinas hemos visitado recientemente, aunque ya están cubiertas por una nueva aldea. La montaña de Rosenberg, minada por las lluvias diluviales de 1806, resbaló el 2 de Setiembre de dicho año. Por la mañana, los habitantes de la alegre aldea de Goldau oyeron un horrible estallido. A las cinco de la tarde, la capa superior oblicua de la montaña se desprendió precipitándose con infernal estrépito en el valle, desde el cual las piedras y escombros fueron invadiendo toda la base del Righi.

Estas capas tenían una extensión de cuatro kilómetros, 30 metros de espesor y más de 300 de ancho. En cinco minutos los valles de Goldau y Busingen fueron cubiertos de una capa de rocas de 30 á 70 metros de altura. Cinco aldeas fueron sepultadas por completo. Una parte del lago de Lowertz quedó cegado, y sus aguas subieron más de 20 metros, inundando todas las comarcas de alrededor. Dos iglesias, 111 casas, 220 granjas y establos y 484 habitantes desaparecieron para siempre.

Estos acontecimientos no son tan raros como puede creerse, y aunque el globo terrestre no está poblado uniformemente en toda su superficie y la mayor parte de los hechos geológicos que se realizan ocurren sin testigos, el número de estos que pudiéramos citar es bastante considerable, aunque nos limitáramos á recordar solamente los deslizamientos de terrenos, sin hacer caso de las demás causas de cataclismos, como volcanes, temblores de tierra, simas y abismos interiores, inundaciones, etc.

En 1772, en el territorio de Treviso, la montaña de Piz, socavada en su base por la infiltración de las aguas, se dividió en dos, aplastando tres aldeas; las ruinas detuvieron el curso de un río que formó un lago; el resto de la montaña cayó poco después en el lago y produjo una inundación espantosa.

El 25 de Agosto de 1618, las aldeas de Pleurs y de Schilano, en el valle de Bregaglia (Lombardía), fueron envueltas por el desmoronamiento del monte Conto. Las rocas de que se componía esta montaña estaban minadas por arroyos y manantiales que la hicieron derribar sobre las dos aldeas, aplastando 2.430 habitantes y 200 casas, en cuyo lugar apareció un lago.

En 1248, una parte del monte Grenier, á 10 kilómetros al Sur de Chambery, se derrumbó sobre cinco parroquias, comprendiendo la ciudad de San Andrés, los castillos feudales y los numerosos conventos que sembraban la comarca.

Indiquemos ahora el desmoronamiento del monte Cernars, ocurrido el 29 de Enero de 1840 en el Jura, el cual se limitó á cortar el camino de Pontarlier á Dijon; la caída de la aldea de Barlis (Hannover), el 25 de Julio de 1825 (á las cinco de la tarde,

como Goldau y la Reunion), en un abismo abierto por el deslizamiento de terrenos interiores; la desaparición súbita de 10 casas en Lons-le-Saulnier en 1792, siendo reemplazadas en el acto por un lago; la caída de 25 millones de metros cúbicos de rocas en 1751 cerca de Sallanches, en el camino de Chamunix, por consecuencia de las filtraciones de las aguas del Adige que habían minado su base; el desmantelamiento de la cuarta cima de la montaña de los Diablillos en Suiza, que se hundió en 1713 envolviendo en sus ruinas varios centenares de chalets, etc.; etc.

Las fuerzas de la naturaleza prosiguen lenta é implacablemente su obra, hoy como en los tiempos de las épocas antediluvianas.

La doctrina antigua de las revoluciones del globo, de que Cuvier ha sido el último defensor, cede insensiblemente su lugar á la de las causas lentas é incesantes. La creación se continúa hoy en realidad como siempre. Especies, animales y vegetales parásitos nacen hoy de los productos modernos de la química y de las manipulaciones humanas. La superficie del globo cambia como siempre. El mar se obstina sobre el continente y el continente avanza en el mar. Una montaña se eleva y otra se cae. Los ríos cambian de curso y las mareas llenan de arena los puertos. Todo cambia incesantemente á nuestro alrededor. Si tuviéramos mapas topográficos bien hechos, aunque no fueran más que de la época de los romanos, nos sorprendería la rapidez y la grandeza de estos cambios. Una impresión filosófica bastante singular domina en estas contemplaciones: que todo se realiza en el mundo *como si el hombre no estuviera en él.*

¿Qué se ha hecho de ese antiguo dios destronado, para el cual se había construido el universo? Por él brillaba el sol, por él modificaba sus fases el astro de la noche, por él brillaban las constelaciones en el fondo de los cielos, alrededor de él gravitaba todo lo desconocido..... ¡Ah! ¡qué lejos estamos ya de esa ilusión monástica y mística! No solamente el cielo no conoce al hombre, sino que la tierra marcha, obra, tiembla, sin cuidarse del gusano que se arrastra en su superficie; y la montaña que ha perdido su centro de gravedad se desmorona sobre sus iglesias, sus palacios, sus moradas, aplastándolo todo, como el zapato del caminante aplasta una hormiga, sin que ninguna señal revele si ese accidente es bueno ó malo en los destinos del mundo. En realidad, *no es nada.*

CAMILO FLAMMARION.

(*La Science Illustrée.*)

PARIS.

BOSQUEJO ESTADÍSTICO.

Es un hecho plenamente demostrado que la aglomeración de los habitantes modifica de una manera muy notable la vida física, intelectual y moral de las poblaciones. Así es que en las grandes ciudades son, por ejemplo, ménos numerosos los nacimientos y menor en éstos el predominio del sexo masculino; más corta la vida média, y mayor, por consiguiente, la mortalidad; los matrimonios son ménos fecundos, la instrucción más extendida, los delitos contra la propiedad más frecuentes, y el número de hijos ilegítimos mayor. Hay, pues, necesidad de estudiar gran parte de los hechos estadísticos, con separación completa entre los realizados en las grandes poblaciones y los referentes á las demas localidades. Lo contrario puede ser causa de grandes errores en que no debe incurrir á sabiendas el que se dedique á esta clase de estudios.

Pero existen además otras razones en abono de esa grande importancia que, lo mismo en los libros que en la práctica, se atribuye á la estadística de las capitales.

El mayor número y grande variedad de hechos que se realizan en el seno de las ciudades muy populosas, las grandes cifras que expresan estos hechos, la homogeneidad de estas mismas cifras y las mayores garantías de exactitud que ofrecen los resultados obtenidos, tanto por los medios de acción más inmediatos de que dispone en ellas la administración, como por la mayor aptitud de las personas que puede asociar á sus investigaciones y la mayor ilustración de las que deben suministrar los datos, hacen de esa clase de estadísticas preciosos documentos que pueden servir de efficacísimo auxilio para estudiar los numerosos hechos que se relacionan con la vida del hombre y el bienestar de las poblaciones.

Una capital es además el reflejo de la nación á cuyo frente se halla, y sirve en muchos casos de medida para apreciar la situación, recursos y progreso del resto del país. Es cierto que esta relación entre una capital y su territorio no es siempre tan estrecha como debe de ser para llegar á ese conocimiento, porque en este punto influyen poderosamente las condiciones naturales é históricas de cada localidad, que tan varias y especiales pueden ser; mas, por independiente que sea la vida de las provincias, por varios y esparcidos que se encuentren los elementos constitutivos del genio nacional y por diseminadas que se hallen las fuerzas del país, las capitales siempre ofrecen rasgos marcadísimos que

révelan en gran parte el carácter y situación general de la nación.

Creemos, por lo tanto, de interés las siguientes noticias estadísticas acerca de la capital de Francia.

I.

SUPERFICIE.—POBLACION.—VIVIENDAS.

A diferencia de lo que acontece con la mayor parte de las poblaciones, se sabe hoy la extensión superficial que ha venido ocupando París desde los tiempos más remotos. La antigua *Lutecia* no tenía más que 15 hectáreas 23 áreas de superficie, pues estaba reducida á la pequeña isla que forma el Sena y que todavía se conoce con el nombre de *Cité*. Según las opiniones más autorizadas, recibió París su primer ensanche en tiempo de Julio César, y en virtud del nuevo recinto aumentó su extensión superficial hasta 25 hectáreas. Juliano el Apóstata terminó el recinto que comenzaron Valentino y Constantino, y que comprendía cerca de 63 hectáreas. El primer monarca de Francia que ensanchó la ciudad de París, fué Felipe Augusto, en cuyo tiempo la capital de la nación vecina ocupaba ya una extensión de 253 hectáreas. Doscientos años más tarde, esto es, á fines del siglo XIV, París había casi doblado su superficie, puesto que cubría 440 hectáreas. El recinto que le rodeaba en esta época fué comenzado por Carlos V y concluido por su sucesor Carlos VI. Enrique IV decretó un nuevo ensanche de París, en virtud del que comprendía ya 568 hectáreas. Sesenta años despues, Luis XIV mandó rellenar los fosos de la ciudad antigua y demoler las murallas de París, que cubrían entónces 1.104 hectáreas. Luis XV señaló un nuevo recinto, que ocupaba una superficie total de 1.337 hectáreas; y Luis XVI mandó construir los muros que circundaban á París ántes de la reforma decretada en 1659, así como las puertas que servían de entrada, nuevo recinto que quedó terminado en 1789 y que comprendía 3.370 hectáreas. En 1840 se decretaron nuevas fortificaciones que debían comprender, á más de París, 24 ayuntamientos, en todo ó en parte, de los situados alrededor de la capital; las obras quedaron termidas en 1847, y aunque por el pronto conservaron su autonomía los 24 municipios comprendidos dentro del nuevo recinto fortificado, en 1860 se anexionaron á París, merced á lo cual la superficie de la capital de Francia llegó á medir 7.802 hectáreas, que es su territorio actual, aunque probablemente no continuará siéndolo por mucho tiempo, pues ya se trata de retirar las fortificaciones por el Sur de la ciudad. Por lo demas, las expresadas 7.802 hectáreas se descomponen en los siguientes términos:

	HECTÁREAS.
Vías públicas.....	1.430,45
Jardines públicos.....	174,47
Cauce del Sena.....	236,35
Habitaciones, huertas y jardines particulares.	5.960,73
Total.....	7.802,00

Segun la Memoria publicada años atras por el ingeniero Sr. Castro sobre el proyecto de ensanche de Madrid, la superficie de esta poblacion es de 778 hectáreas, comprendiendo en esta cifra 270 hectáreas que ocupan el Jardin Botánico, el Retiro, la huerta y convento de Atocha, la Montaña del Príncipe Pío y el Campo del Moro, de modo que Madrid ocupa una extension diez veces menor que la de Paris. Y, sin embargo, Paris es cuatro veces menor que Lóndres, cuya superficie comprendía ya en 1851, 31.576 hectáreas.

Segun la estadística oficial publicada por el ministerio de Comercio en 1830, la poblacion de Paris era de 720.000 habitantes en el año 1700, de 600.000 en 1762, y de 620.000 en 1784. Pero estas cifras no representan más que cálculos aproximados obtenidos por procedimientos muy imperfectos, y que por lo mismo no deben inspirar bastante confianza. Y otro tanto decimos respecto á todas las noticias publicadas por el gobierno frances respecto á la poblacion de Paris á fines del siglo pasado y principios del actual, noticias que, dicho sea de paso, ofrecen ménos número de habitantes que las que acabamos de consignar con referencia á los años 1700, 1762 y 1784.

El primer censo publicado en Paris, con sujecion á procedimientos dignos de confianza, es el de 1817, que dió por resultado una poblacion de 713.966 habitantes, y todos los llevados á cabo con posterioridad vienen ofreciendo continuado aumento (si bien este fué muy pequeño desde el censo de 1846 al de 1851 á causa de los acontecimientos de 1848), hasta el formado en 1872, que arroja ménos número de habitantes que los inscritos en 1866. En efecto, en este año se registraron 1.825.274 personas, y, segun el último censo, la poblacion de Paris ha descendido á 1.794.380 habitantes. Por lo demas, hasta explican tan sensible resultado el sitio sufrido por aquella ciudad, los sucesos de la *Commune* y la traslacion á Versalles de la residencia del gobierno.

Pero aún así, Paris, no sólo ocupa por el número de sus habitantes el segundo lugar entre las principales ciudades de Europa, sino que excede en mucho á las que más se le aproximan, como puede verse á continuación:

CIUDADES.	HABITANTES.
Lóndres.....	3.400.701
Paris.....	1.794.380
Berlin.....	826.341
Viena.....	673.865
San Petersburgo.....	667.026
Moscow.....	611.970
Constantinopla.....	600.000
Glasgow.....	534.564
Liverpool.....	516.063
Nápoles.....	415.549
Birmingham.....	366.325
Manchester.....	356.626
Madrid.....	332.024
Lyon.....	323.417
Dublin.....	314.666
Marsella.....	312.844
Amsterdam.....	286.932
Leeds.....	285.118
Varsovia.....	279.502
Lisboa.....	224.063
Roma.....	219.408
Copenhague.....	216.000

Excepto Lóndres, cuya poblacion es mucho más numerosa que toda Andalucía, y excede por lo mismo á la de varios Estados europeos (Países-Bajos, Suiza, Sajonia, etc.), Paris es la ciudad más populosa de Europa, y Berlin, que es la que más se le aproxima, no tiene más que la mitad de habitantes que la capital de Francia.

Y tambien ocupa Paris lugar muy preferente entre las capitales de Europa cuando se toma por base de comparacion la relacion en que se encuentra el número de sus habitantes y la poblacion total de las naciones respectivas, como resulta del siguiente cuadro:

CAPITALES.	POB. 1.000 HABITANTES.
Copenhague.....	115'2
Lóndres.....	102'8
Lisboa.....	51'0
Paris.....	49'9
Bruselas.....	34'3
Atenas.....	30'5
La Haya.....	25'8
Berlin.....	20'1
Madrid.....	19'7
Viena.....	18'8
San Petersburgo.....	9'3
Roma.....	8'2

Las capitales tienen dos maneras de ser: una puramente artificial, en la que tienen influencia deci-

siva los actos legales, y es la que le presta su categoría oficial; otra propia, independiente de este carácter, y es la que determinan sus condiciones naturales y sus elementos de trabajo. La capital que tiene importancia por ambos conceptos, forzosamente ha de ofrecer un número extraordinario de habitantes con relación al resto del país, por cuanto se reúnen en ella, por una parte, las grandes masas que reclama el mantenimiento de su industria y comercio, y por otra, las varias y numerosas clases que atrae en torno suyo el gobierno supremo de cada Estado. Por esto Londres ocupa tan preferente lugar en el cuadro que antecede. Londres, al mismo tiempo que la capital de una gran nación, es uno de los primeros centros mercantiles y manufactureros de Europa. Por esto también figuran en sitio tan ventajoso Lisboa y París, situada la primera en la desembocadura del Tajo, y considerada la segunda como una de las ciudades industriales de más importancia.

Por el contrario, la capital que no tiene condiciones naturales para serlo, bien por la escasez de los recursos de su suelo ó industria, bien por la falta de armonía entre sus condiciones y las del resto del país, esa capital por fuerza ha de ocupar lugares tan desventajosos como Madrid, Viena y San Petersburgo. Madrid no tiene más vida que la que le presta su carácter oficial, su categoría de capital de la monarquía española. Su industria y su comercio se hallan reducidos á lo que exige el consumo de sus habitantes, que no llegan á satisfacer cumplidamente; el suelo que le rodea es además de los más áridos é improductivos. Trasládese la corte á otro punto, y Madrid pierde por completo su importancia. Si por cualquier motivo Londres y París dejaran de ser capitales, sus condiciones se resentirían sin duda alguna, mas no por esto dejarían de ser las ciudades más importantes de sus respectivos Estados. Erigida Viena en capital de un imperio compuesto de varios pueblos y razas que hablan diferentes idiomas, tienen diversos hábitos y ofrecen caracteres muy distintos, viene á ser una ciudad extranjera para la mayor parte de los habitantes del imperio austriaco. Así es que estos, en vez de dirigirse á Viena en busca de las ventajas que ofrecen los grandes centros de población, se reconcentran en las capitales de sus respectivas provincias ó comarcas. San Petersburgo se encuentra en análogas circunstancias; es una capital de creación reciente y tiene además contra sí lo vasto del territorio á cuya cabeza se encuentra. Separada por larguísima distancia de la mayor parte de las comarcas y ciudades que componen el imperio ruso, no puede recibir de éstas las grandes masas que sin cesar afluyen á las capitales de los pequeños Estados. Y hé aquí por

qué Copenhague, Bruselas, Atenas, La Haya y otros centros de nacionalidades pequeñas presentan tan considerable población comparada con la total del país. La brevedad de las distancias á que se encuentran respecto de los demás puntos del territorio nacional, aún los más apartados, atrae hacia ellas considerable número de personas nacidas en provincias, que abandonan su país natal por gozar de los mayores recursos que ofrece siempre una gran población. De Roma no debe hacerse mención. Es la cabeza de un niño colocada de pronto sobre los hombros de un gigante. La población actual es todavía la que le corresponde como capital de los Estados-Pontificios. Hasta que trascorra algún tiempo no alcanzará la que le pertenece como capital del reino de Italia. Otro tanto puede decirse de Berlin, considerada como capital del nuevo imperio de Alemania, porque como capital del reino de Prusia ocuparía en el precedente cuadro lugar muy ventajoso (33,5 habitantes por 1.000), á causa de sus poderosos elementos de civilización y de lo relativamente pequeño del territorio prusiano.

A principios del siglo (en 1804) París tenía 25.086 casas para una población de 548.000 habitantes, esto es, 21,88 habitantes por casa. Hoy existen 63.963 casas, 1 por cada 28 habitantes. El número de habitaciones asciende á 759.352; 12 por cada casa y 1 por cada 2,3 habitantes.

No conocemos la clasificación de las actuales casas de París, según el número de sus pisos. Las 56.686 que había en 1866 se distribuían bajo este punto de vista en la forma siguiente:

Casas con sólo el piso de tierra.	4.778
— de un piso.....	12.164
— de dos.....	8.823
— de tres.....	7.546
— de cuatro.....	8.175
— de más de cuatro.....	15.200

De modo que las casas de más de cuatro pisos representan más de la cuarta parte de las existentes en todo París.

II.

MOVIMIENTO DE LA POBLACION.

A excepcion del año 1871, cuyos datos fueron destruidos en gran parte por los partidarios de la *Commune*, la estadística oficial francesa posee todo el movimiento (nacimientos, matrimonios y defunciones) que ha sufrido la población de París desde el año 1710, y á la vista tenemos tan interesantes noticias; pero no molestaremos la atención de nuestros lectores con tan larga serie de cifras. Lo importante son los hechos que estas cifras revelan, y de ellos vamos á ocuparnos.

Llama la atención en primer lugar, que durante todo el siglo XVIII los nacimientos y las defunciones vienen á contrabalancearse al final de cada año, y si resulta algún excedente es á favor de los fallecidos, mientras que desde principios del presente siglo sólo por excepción y por causas accidentales (el cólera de 1832, 1849, 1854 y 1855) superan las defunciones á los nacimientos. Es verdad que muchos niños nacidos en París mueren en los departamentos, en poder de las nodrizas, y que á los departamentos también se envían los niños abandonados de que se ampara la administración, infelices criaturas que difícilmente llegan á la pubertad; pero en cambio son muchos los enfermos que van desde diversos puntos de la nación á morir en los hospitales de la capital.

Asimismo resulta que, mientras el número de matrimonios ha triplicado desde principios del siglo, el de nacimientos apenas ha llegado al doble, de modo que ha disminuido considerablemente la fecundidad de los cónyuges, y si crece con tanta lentitud la población de París, más bien debe atribuirse á los casados que á los solteros.

En París, como en todas partes, predomina el sexo masculino en los nacimientos; pero este predominio es menor que el observado generalmente, pues mientras el hecho constante es que nazcan 106 varones por cada 100 hembras, esta relación es en París de 104 : 100; pero también esto se halla conforme con los hechos recogidos en todos los grandes centros de población, donde nacen, como siempre, más varones que hembras, mas el predominio del sexo masculino es menor que en las poblaciones rurales y en el conjunto de los países respectivos.

La relación entre los hijos naturales y la totalidad de nacimientos, que viene siendo la misma hasta el año 1817, y que desde este año hasta el de 1836 había aumentado en términos verdaderamente dolorosos, presenta actualmente una manifiesta tendencia á la disminución. Sin embargo, en 1872 todavía se registraron 15.418 hijos naturales; uno por cada 3'68 nacimientos de todas clases.

Los nacimientos naturales que durante larguísimo tiempo venían teniendo lugar próximamente por mitad en los establecimientos de beneficencia y á domicilio, desde el año 1865 sólo la tercera parte de estos desgraciados viene al mundo en los hospitales.

También aumenta el número de hijos naturales reconocidos en el instante de su nacimiento ó inscripción, pues desde 1852 á 1859 representaban sólo el 18 por 100, y recientemente ha habido año en que ha llegado al 32 por 100.

El número de niños nacidos muertos pasa en París, por regla general, de 4.000 anuales, y año ha habido en que se ha acercado mucho á 5.000

(4.906). Por lo demás, se ha observado en la capital de Francia lo mismo que en todas partes, y es que en los partos desgraciados predomina el sexo masculino. Los varones principian á morir en mayores proporciones que las hembras, aún antes de nacer, si así puede decirse. Este hecho, constantemente observado donde quiera que la estadística se ha cuidado de ello, ¿deberá atribuirse á causas congénitas ó á razones puramente mecánicas, al mayor volumen de los niños varones?

Los matrimonios aumentan también en París en absoluto y con relación al número de habitantes. A principios del siglo se registraban 8 ó 9 matrimonios por cada 1.000 habitantes; actualmente la relación es de 12 por 1.000. En 1872 se celebraron 21.373 matrimonios.

Antes del año 1840 los niños de menos de un año representaban la sexta parte del total de personas fallecidas en París; pero después de aquella fecha su número proporcional ha descendido á la octava parte próximamente del total de defunciones. Los niños de 1 á 5 años fallecidos anualmente en París, representan el 27 por 100; esto es, más de la cuarta parte de los fallecidos. Y, sin embargo, esta proporción debiera ser aún mucho mayor, pues gran número de los niños nacidos en París mueren, como ya hemos indicado, fuera de la capital en poder de las nodrizas. Por lo demás, la superioridad numérica entre los niños muertos en las citadas edades corresponde de un modo marcadísimo al sexo masculino. Naciendo más varones que hembras, por fuerza deben morir más de los primeros; pero es que en París nacen 104 varones por cada 100 hembras, según hemos dicho, y por cada 100 niñas fallecidas antes de cumplir el año, mueren en París 155 niños. Esto, sin embargo, se halla perfectamente de acuerdo con lo observado en todos los países, lo que parece indicar que el sexo fuerte es menos fuerte que el sexo femenino. Nuestros lectores no habrán olvidado que entre los nacidos muertos también figuran los varones en mayor número.

El número de defunciones en París ha disminuido gradualmente desde 38 fallecidos por cada 1.000 habitantes, que se registraron en el quinquenio 1798-1802, á 22'10 por 100, que es la relación actual entre el número de muertos y el de habitantes.

Excusado es decir que en París mueren más hombres que mujeres. Ya sea por causas congénitas, ya por la clase de profesiones á que se hallan dedicados los hombres, ó por los vicios á que suelen entregarse, y desde luego porque nacen más varones que hembras, el predominio del sexo masculino en las defunciones es un hecho general y constante.

Antes del año 1860, en que se anexionaron á París los municipios comprendidos dentro de las for-

tificaciones, cerca de la tercera parte de las defunciones registradas ocurrían en los hospitales. Desde entonces la proporción ha cambiado mucho por carecer de estos establecimientos el territorio anexionado. No obstante, de 39.650 personas fallecidas en 1872, 9.922 murieron en aquellos asilos.

En cuanto á las causas determinantes de las defunciones, está plenamente demostrado que las enfermedades que causan mayores estragos en París son las de los órganos respiratorios. Hay año, en efecto, en que los muertos á consecuencia de tales enfermedades llegan á 10.000; es decir, á la cuarta parte próximamente del total de fallecidos. El segundo lugar corresponde á las enfermedades de los órganos digestivos (de 5 á 6.000 defunciones anuales). Las enfermedades del exófago también figuran en muy subida proporción (de 2.500 á 3.000), y otro tanto sucede con las del cerebro.

El término medio anual de las muertes por accidente ocurridas en París fué de 901 durante el período 1837-46, y de 1.215 en el 1847-51; pero es necesario tener en cuenta que en este segundo período ocurrieron los sucesos de Febrero y Junio de 1848, en que perecieron 1.374 personas. Después de los indicados períodos, el número de muertos por accidente ha aumentado en pequeñas proporciones. No sucede, por desgracia, lo mismo con los suicidios, pues de 340 que por término medio anual se registraron en el período 1817-18, han ascendido á 752 en el quinquenio 1866-72. En el año 1868 hubo 874. Excusado es decir que, tanto en los suicidios como en las muertes por accidentes, las mayores cifras corresponden al sexo masculino; pero no deja de ser considerable el número de mujeres que en París atentan contra su vida, pues llegaron á ser 156 en el expresado quinquenio y 207 en el año 1868. Obsérvese, sin embargo, una cosa, y es que, mientras el número de hombres suicidas casi ha triplicado, las mujeres figuran en tan triste investigación con las mismas cifras próximamente que hace cincuenta años.

Inhumaciones. Antes de la anexión de 1860, París contaba con tres cementerios, que sumaban una extensión superficial de 819'333 kil. cuadrados: el del Este ó del Padre Lachaise (427'277); el del Norte ó cementerio Montmartre (207'600); y el del Sur ó Monte Parnaso (184'455). Después de la anexión, el número de cementerios aumentó hasta trece, pues se agregaron los correspondientes á los pueblos anexionados, pero de estos diez cementerios menos importantes se han cerrado cinco; de suerte que hoy París cuenta con ocho. Este servicio, sin embargo, deja mucho que desear en la capital de Francia. A consecuencia de la extensión que París ha recibido en los últimos años, los tres grandes cementerios que hemos indicado, situados ántes

fuera de la ciudad, han quedado dentro del recinto y rodeados por todas partes de edificios. Además el suelo de los cementerios, que durante treinta años han recibido más de un millón de cadáveres, se halla tan saturado de materias orgánicas, que ya no se presta sino muy difícilmente á nuevas descomposiciones, y es un foco de emanaciones morbosas, á la vez que origen de infiltraciones pútridas que reciben las aguas subterráneas de la ciudad. Estos peligros son tan evidentes, que ya en los últimos años del Imperio se ordenó el estudio de un cementerio á 23 kilómetros de París, y el Consejo municipal votó desde luego una suma de 2.200.000 francos para la adquisición de terrenos; pero todavía no se ha tomado una resolución definitiva en asunto tan importante.

III.

CULTOS.

En París, como en el resto de Francia, el culto más extendido es el católico. Según el censo de 1872, de 1.851.792 habitantes, 1.760.168 eran católicos; 41.672 protestantes; 23.434 israelitas; 12.613 pertenecientes á otras religiones, y 13.905 que declararon no profesar ningun culto.

A la cabeza del clero católico de París y del de la diócesis existe un arzobispo, asistido por siete vicarios generales. Las parroquias son 67. El Estado provee á la dotación del clero adscrito á las parroquias y á los principales gastos consiguientes al culto de las iglesias; pero la ciudad de París invierte todos los años en sobresueldos, alquileres y otros gastos del material 400.000 francos próximamente.

Las comuniones protestantes existentes en París son siete: la Iglesia reformada (calvinistas); la Confesión de Augsburgo (luteranos); la Iglesia anglicana; la Unión de las iglesias evangélicas de Francia; la Sociedad evangélica de Francia; la Iglesia metodista, comprensiva de los tres ritos, frances, inglés y alemán, y la Iglesia bautista. Pero el Estado no ha reconocido más que las dos primeras comuniones, la Reformada que tiene cuatro pastores, y la Confesión de Augsburgo que tiene diez. Asimismo paga el Estado el sueldo de un gran rabí y otros tres rabíes para el culto israelita. La ciudad de París contribuye también al sostenimiento del culto protestante con 88.500 francos anuales, y al del culto judío con 12.500.

IV.

INSTRUCCION PÚBLICA.

Salas de asilo. Las salas de asilo ó escuelas maternas, llamadas así por estar destinados estos establecimientos á suplir en beneficio de los niños de dos á seis años los cuidados, consejos y enseñanza que deberían recibir de sus madres en el seno de

la familia, y que éstas, sin embargo, no pueden ofrecérselos muchas veces á causa de sus ocupaciones ó enfermedades, han recibido en Paris considerable aumento. En 1841 no había más que 22 con 4.820 alumnos. Hoy existen 94 con 17.222 niños, cuyo sostenimiento cuesta al municipio 1.167.441 francos, en esta forma: personal, 474.900; material, 692.541. El sueldo de las directoras de los asilos es de 1.200 á 1.800 francos; el de las subdirectoras de 1.000 á 1.400.

Escuelas de instruccion primaria. En 1840 había en Paris 103 establecimientos de primera enseñanza costeados por el municipio, á que concurrían 21.796 niños de ambos sexos. Actualmente existen 124 escuelas de niños con 37.726 alumnos, y 123 de niñas con 33.671; total, 247 escuelas con 71.397 alumnos.

Las escuelas libres ó particulares ascienden á 1.056. Lo que cuesta al municipio el sostenimiento de sus 247 escuelas sube á tres millones de francos anuales.

Además de las escuelas primarias, propiamente dichas, existen las llamadas de adultos, que están abiertas durante la noche. En 1850 había 29 establecimientos de esta clase, á que concurrían 5.400 personas de ambos sexos. No hemos podido averiguar su número actual, pero ha debido aumentar considerablemente, porque las escuelas de adultos existentes en 1850 no costaban al municipio de Paris más que 66.453 francos al año, y las actuales producen un gasto de 199.799 francos.

Asimismo sostiene el municipio de Paris el colegio Capital organizado como una *Realschule*, escuela en que se da la preferencia á las lenguas vivas y ciencias exactas, y un número, que aumenta de año en año, de escuelas primarias superiores (escuela Turgot, escuela Colbert, escuela Lavoisier, escuela de Auteuil, etc.), que equivalen á las *Bürgerchulen* alemanas.

El colegio municipal Capital tiene hoy 4.100 alumnos, y desde el año 1860 pertenece al municipio. Antes pagaba la ciudad al propietario del colegio, M. Goubaud, la diferencia entre los productos y los gastos. Estos ascienden actualmente á muy cerca de un millón de francos. Los productos exceden, aunque poco, á los gastos.

A la escuela Turgot, que es la más antigua entre las de su clase, concurren 960 alumnos próximamente. El municipio costea algunas plazas en virtud de concurso, pero la generalidad de los discípulos pagan 15 francos mensuales. La escuela Colbert se fundó en 1868 á semejanza de la escuela Turgot. Sus alumnos son 400; la enseñanza es la misma que se da en el establecimiento que le sirvió de modelo; pero mientras la escuela Turgot no cuesta nada al municipio por exceder los productos

á los gastos, en la de Colbert estos últimos son superiores á los rendimientos. La escuela de Auteuil es una escuela normal de maestros que tiene unida una escuela de primera enseñanza y otra escuela primaria superior. La escuela superior primaria para señoritas puede recibir hasta 60 alumnas. La enseñanza que se da en ella comprende tres cursos y abraza todos los conocimientos que constituyen una educación de familia bien dirigida, independientemente de los que necesiten adquirir para el ejercicio de las profesiones á que deseen dedicarse. Las plazas hoy son todas gratuitas.

Aparte de las sumas que el municipio de Paris destina al servicio propiamente dicho de la enseñanza primaria, invierte importantísimas cantidades, tanto en la reparacion y conservacion de los establecimientos existentes como en la construccion de nuevas escuelas. Lo señalado en el último presupuesto para esta última atencion asciende á muy cerca de dos millones de francos.

En Paris existen cinco Liceos ó Institutos de segunda enseñanza; el Liceo Descartes, ántes de Luis el Grande; el de Corneille, ántes de Enrique IV y también de Napoleon; el de San Luis; el de Fontanes, y el de Carlomagno. De estos extablecimientos, el más concurrido es el de Descartes, cuyos alumnos llegan á 1.500 próximamente. Todos ellos son costeados por la nacion, pero el municipio de Paris les concede importantes subvenciones y paga determinado número de plazas en los cinco expresados Institutos, y sostiene de su exclusiva cuenta el Liceo municipal Rollin, á que suelen concurrir unos 500 alumnos.

No podemos precisar el número de Liceos libres ó particulares con que cuenta Paris, pero son muchos los establecimientos de esta clase que existen en aquella ciudad, dirigidos unos por profesores laicos y otros por congregaciones religiosas ó sacerdotes seculares.

La enseñanza superior en Paris comprende cinco órdenes de facultades: las de teología (teología católica, luterana é israelita), la de derecho, la de medicina, la de ciencias y la de letras. Existe además en Paris una *Escuela superior de farmacia*, la *Escuela práctica de estudios superiores (Ecole pratique de hautes études)*, dividida en cuatro secciones, matemáticas, física y química, historia natural y fisiología, y ciencias histórica y filológica; la *Escuela normal superior*, destinada á plantel de profesores, y cuyas 110 plazas de alumnos son costeadas por el Estado; la *Escuela de diplomática (Ecole de chartes)*, con siete profesores, donde se dedican los alumnos al estudio de documentos y monumentos de la Edad Media; una escuela de lenguas orientales, con 10 profesores; otra de lenguas vivas aneja al Liceo de Luis el Grande; la *Escuela de Bellas Ar-*

tes, cuya enseñanza es gratuita; la *Escuela especial de dibujo y matemáticas aplicadas á la industria*; la *Escuela especial de dibujo para señoritas*; el *Conservatorio de dibujo*; la *Escuela de puentes y calzadas* ó de ingenieros de obras públicas; la *Escuela de minas*, de donde salen los ingenieros de este ramo; el *Conservatorio de artes y oficios*, compuesto de enseñanza elemental y enseñanza superior, en cuyo segundo grado se cursan geometría aplicada á las artes, agricultura, mecánica, legislación industrial, química aplicada á las artes, química agrícola, hilados y tejidos, tinte, grabado y apresto de las telas, zoología aplicada á la agricultura y á la industria, física aplicada á las artes, geometría descriptiva, construcciones civiles, artes cerámicas y estadística industrial. Asimismo existen en París la *Escuela superior de comercio*, la de Sordo-mudos, la de Ciegos, la Central de artes y manufacturas, destinada á formar ingenieros civiles, directores de fundiciones y jefes de fábricas; la *Escuela politécnica*, de donde sale el contingente necesario para el personal de aquellos servicios públicos que exigen extensos conocimientos en ciencias físicas y matemáticas, como artillería de tierra y de marina, ingenieros militares y navales, marina, cuerpo de ingenieros hidrográficos, estado mayor, minas, ingenieros de puentes y calzadas, telégrafos, etc., etc.

También se hallan establecidos en París el Instituto de Francia, que comprende la Academia francesa, la de Inscripciones y Bellas letras, la de Ciencias, la de Bellas artes y la de Ciencias morales y políticas, cuyos 223 miembros titulares reciben una gratificación de 4.500 francos, y cuyo sostenimiento cuesta al Estado 667.200 francos; la Academia de medicina, compuesta de 100 miembros residentes y 14 secciones; el Colegio de Francia, instituido en 1529 por Francisco I, que cuesta á la nación cerca de 300.000 francos anuales, y que se compone de 34 profesores dedicados á la enseñanza pública de los ramos más elevados del saber humano, como astronomía matemática, física matemática, física experimental, medicina, química, historia natural de los cuerpos orgánicos é inorgánicos, embriología comparada, economía política, derecho natural de gentes y político, legislación comparada, filosofía moderna, moral, historia, arqueología, lengua, literatura y filosofía griegas, elocuencia y poesía latinas, lengua y literatura francesas en la Edad Media, lenguas hebrea, asiria, caldea, árabe, turca, persa y siria, lengua y literatura china, tártara, sanscrita, slava y germánica, lengua y literatura de la Europa moderna.

Finalmente, París posee un Museo de Historia natural, que es á la vez un establecimiento de enseñanza superior para las ciencias naturales, y en cuyo sostenimiento se invierten anualmente 725.000

francos, y un Observatorio astronómico, que figura en los presupuestos del Estado por 372.060 francos, y varias bibliotecas; Salas públicas como la de Mazarino, la del Arsenal, la de Santa Genoveva, la de la Sorbona, y la más importante de todas, la llamada Biblioteca Nacional, que contiene más de 900.000 impresos y 80.000 manuscritos, que tiene aneja una cátedra de arqueología, y que cuesta al Estado sobre 500.000 francos anuales (340.000 para personal). París poseía ántes una importantísima biblioteca municipal, que, aparte de una colección de 15.000 volúmenes y documentos regalados por los Estados y ciudades de la América del Norte, se componía principalmente de libros, planos y grabados relativos á la historia de París y á la administración municipal; pero la *Commune* no respetó ni aun los libros, y tan interesante biblioteca fué quemada en Mayo de 1871. Se trabaja, sin embargo, con gran empeño en reparar en cuanto sea posible tan lamentable pérdida, y á semejanza de M. Cousin, que ha ofrecido á la biblioteca municipal sus preciosas colecciones especiales, son muchos los que hacen al municipio donaciones de libros y documentos.

Aparte de los establecimientos destinados al fomento de las bellas artes que quedan indicados, el Estado sostiene en París importantísimos museos, y el municipio destina anualmente una cantidad de tres millones de francos á la adquisición de cuadros y esculturas.

Los museos todos saben que son: el del Louvre, que, á más de sus preciosas galerías de pintura y escultura, posee interesantes colecciones de arqueología, numismática, etc.; el de Versalles; el del Luxemburgo, destinado especialmente á la colección de obras de artistas vivientes, y el Museo de Cluny, formado en su origen con la colección de M. Dusommerard, y que, comprado más tarde por la nación, contiene las obras más curiosas de los artistas de la Edad Media.

Nadie tampoco ignora que París celebra anualmente una Exposición de Bellas artes. Luis XV copió de Roma esta clase de certámenes, aunque en su tiempo ni se celebraban con regularidad periódica ni se admitían en el Palais Royal más obras que las ejecutadas por los miembros de la Academia Real de Pintura y Escultura; en tiempo de la Asamblea Constituyente fueron admitidos todos los artistas sin distinción; y declaradas anuales las Exposiciones desde 1834, el número de trabajos expuestos ha aumentado considerablemente. Hoy ascienden estos á 2.500 anuales, término medio, y durante el siglo pasado no excedieron de 800. El aumento, sin embargo, es más notable en las obras de escultura y en los grabados, porque mientras el número de cuadros ha variado poco desde 1841 (2280), y años

ha habido en que no han llegado á tantos, los grabados han aumentado desde 136 en 1841 y 80 en 1842, á 189 en 1872; y las estatuas desde 89 en 1841, á 420 en 1872. Asimismo crece considerablemente el número de visitantes. Los que entraron gratis en la Exposición de 1866 fueron 161.000; en 1872 visitaron esta 305.000 personas. Los gastos que producen estas Exposiciones ascienden á 245.000 francos, según el último presupuesto.

En otra forma contribuye también el Estado al fomento de las artes, y es subvencionando algunos teatros; y los que en París participan de este beneficio son el de la Ópera, cuya empresa recibe 800.000 francos anuales; el Frances (240.000); el de la Ópera Cómica (140.000); el de Italianos (100.000); el de Odeon (60.000), y el Lírico (60.000). Además existen en la capital de Francia otros 21 teatros, que, con los anteriores, forman un total de 27, en vez de los cinco que había en tiempos de Luis XIV, reducidos á tres en el reinado siguiente.

La escala siguiente expresa los rendimientos anuales de los principales teatros de París en el año cómico 1871-72:

TEATROS.	FRANCOS.
Gaité.....	1.058.459
Frances.....	1.017.297
Ópera cómica.....	946.773
Ópera.....	855.316
Palais-Royal.....	818.754
Circo (Chatelet).....	802.312
Gimnasio.....	685.908
Variedades.....	661.654
Vaudeville.....	529.367

Ya comprenderán nuestros lectores que correspondiendo los anteriores productos al período de guerra con Prusia, deben ser inferiores á los que se obtienen en años normales. Así es, en efecto. En 1869-70, el teatro de la Ópera, por ejemplo, produjo 1.748.411 francos, el de la Gaité 1.217.015 y el de la Ópera cómica 1.136.829.

V.

BENEFICENCIA.

Antes del año 1849 administraba los establecimientos de beneficencia de París un consejo presidido por el prefecto, y los socorros domiciliarios se confiaban á las oficinas de distrito, que no tenían ninguna relación entre sí, pero que se hallaban bajo la vigilancia de aquella autoridad. En el citado año se centralizaron estos servicios, y la asistencia pública quedó confiada á una administración especial colocada bajo la autoridad del prefecto del Sena,

cuyo personal comprende 3.613 funcionarios (411 son facultativos), y cuyo sostenimiento cuesta en su conjunto 26.962.000 francos anuales, de los cuales 2.548.000 corresponden al personal. Pero si tan grandes gastos ocasiona en París la asistencia pública, grandes son también los recursos de que dispone; así es que todos los años se forma un presupuesto especial para estos servicios, y los gastos se cubren por completo, y aún con exceso, sin necesidad de acudir á las contribuciones y recursos del Estado, con las rentas propias de los establecimientos de beneficencia, con un impuesto sobre los espectáculos públicos, con las sumas con que contribuyen los departamentos al sostenimiento de casas de dementes y casas de expósitos, y sobre todo con las subvenciones del municipio de París, que ascienden á muy cerca de 11 millones de francos.

Hospitales. París posee ocho hospitales generales, en que son admitidos los enfermos de todas clases, otros ocho especiales destinados al tratamiento de determinadas dolencias (enfermedades de la piel, sífilis, escrófulas, enfermedades de niños, asilos de parturientas), y una casa de salud, en donde los enfermos pagan la asistencia que reciben. Fácilmente se comprende, tratándose de una ciudad tan populosa, que debe ser muy considerable el movimiento de los expresados establecimientos. En efecto es así. En 1.º de Enero de 1869, año á que se refieren las últimas noticias publicadas, el número de enfermos existente en el conjunto de los hospitales de París era de 6.895; entraron durante el año 95.953, salieron curados 84.720, murieron 10.993 y quedaban al terminar el año 7.135. Estos últimos se clasificaban del siguiente modo: 3.229 varones adultos; 2.452 mujeres; 683 niños y 771 niñas. El número de estancias ascendió en el año 1869 á 2.593.439.

De modo que pueden calcularse en 7.000 enfermos los acogidos diariamente en los hospitales de París. Los que mueren en estos establecimientos representan el 11,4 por 100 de los asistidos, y á cada enfermo corresponden 27 estancias por término medio.

Algunos hospitales de París (el general titulado de la Caridad, el de San Luis, destinado á enfermedades de la piel, y otros dos establecidos para la curación de niños) tienen establecidas consultas para los enfermos que no quieren ser curados dentro del establecimiento, y hasta les suministran gratis los medicamentos. Estas consultas, en 1867, llegaron á 164.770; se dieron medicamentos gratis á 4.988 enfermos, y se suministraron 186.469 baños medicinales en su mayor parte.

Asimismo existen en París 14 hospicios, dos de ellos con un departamento para dementes, otros dos

para enfermos incurables, y los demas para asilo de huérfanos, desamparados y pobres.

— El número de enfermos incurables asistidos en estos establecimientos en fin de 1869 era de 5.775; el de dementes, 1.730; el de acogidos en los asilos de ancianos enfermos, 1.750. Las demas clases de personas acogidas en los hospicios de Paris alcanzan cifras muy pequeñas. El total de acogidos llegaba en la expresada fecha á 9.750.

Aunque disminuye considerablemente en Paris el número de niños abandonados, pues desde 6.235 que por término medio anual ingresaron en los establecimientos de beneficencia durante el período 1811-20, han bajado á 3.904, todavía son muchísimos los niños que se encuentran á cargo de los establecimientos de beneficencia de aquella capital. En fin del año 1869 ascendían á 16.911 los niños menores de doce años enviados al campo, y á 9.091 los mayores de doce y menores de veintiun años.

Socorros domiciliarios. La asistencia pública, centraliza en cierto modo esta clase de socorros, aunque cada distrito tiene su oficina de beneficencia, cuyos administradores obran con entera independencia en sus respectivas demarcaciones. Esta centralización data del año 1849, y tiene por objeto que los distritos ricos vengán en auxilio de los más pobres. Por la misma razón se trata ahora de considerar la ciudad de Londres como una sola unidad bajo el punto de vista de la beneficencia, merced á lo cual la aristocrática Westenel ayudará á Whitechapel, Tower-Hamlets y demas distritos de escasos recursos en el sostenimiento de sus numerosos pobres.

Segun la estadística oficial, el número de indigentes en Paris era á fines del siglo pasado de 11.626 individuos, distribuidos en 43.552 familias, es decir, 1 pobre por cada 5 habitantes próximamente. Desde 1803 á 1814 descendió el número relativo de indigentes á 1 por cada 6 habitantes, y el descenso tomo proporciones más decisivas durante la Restauración (1 por 8); pero las investigaciones estadísticas practicadas en aquellas épocas no merecen entera confianza, y sólo desde el año de 1829 existen cifras positivas; y en verdad que son éstas en extremo favorables, pues ponen de manifiesto una constante y visible tendencia á la baja. En 1829 se registró 1 indigente por cada 13 habitantes; y en 1869 la relación es de 1:17 (cifra absoluta: 111.357 individuos, distribuidos en 42.098 familias). Existen, sin embargo, en Paris algunos distritos donde la indigencia ofrece cifras dolorosísimas: 1 por 9 y 1 por 6 habitantes; así es que no debe extrañarse que llegara en 1869 á 4.421.978 francos el importe de los socorros distribuidos entre tanto desgraciado, sin contar las sumas destinadas especialmente al socorro de ancianos, ciegos

y paralíticos, y que se distribuyeran entre 6.982 personas, aparte también de los socorros ofrecidos á 58.612 enfermos sólo temporalmente necesitados, y sin contar, en fin, los socorros ofrecidos en sus respectivos domicilios á 9.724 parturientas.

J. JIMENO AGIUS.

(Concluirá.)



DIARIO DE UN SUBALTERNO DEL ESTADO MAYOR DE LA «FLORA».

5 de Enero de 1874.

A las ocho de la mañana el vigía señala tierra, y la silueta de la isla de Pascuas se dibuja hacia el Noroeste, pero á una distancia enorme, no pudiendo llegar á ella hasta la tarde, á pesar de ser empujados por los rápidos alisios.

Extrañas relaciones existen acerca de esta tierra aislada, y pocos navegantes la visitaron, pues es necesario para llegar á ella separarse centenares de leguas de los caminos frecuentados á través del Pacífico. Las relaciones de La Perouse, Findley y el comandante Gori son contradictorias; pretenden otros que muy bien podrían devorarnos si localmente nos internáramos en el interior de Rapa-Nui. Aseguran también que, habiendo recientemente anclado en la bahía de Cook una corbeta rusa, los indígenas, reunidos en la playa, se opusieron por la fuerza al desembarco.

Durante muchos meses un largo cinturón de rompientes intercepta las comunicaciones de la isla con el mar, y un almirante de la estación naval no ha podido abordar, no obstante sus esfuerzos. En Valparaíso nos aseguraron que no quedan en Rapa-Nui sino algunos miserables salvajes, tímidos y hambrientos. Por fin, la opinión más generalizada á bordo es la de que la raza indígena se ha extinguido completamente, no siendo la isla sino una gran soledad en medio del Océano, cuyos únicos guardianes son viejas estatuas de piedra, extrañamente majestuosas.

El misterioso país se aproxima con lentitud; nuestra imaginación se excita y embrolla en medio de tan contrarias opiniones, y nuestra vista escudriña aquella forma vaga, ansiosa de descubrir en ella cosas extraordinarias. Rapa-Nui, envuelta entre la bruma, nos parece desde lejos compuesta de cráteres desprovistos de vegetación, uno de los cuales semeja con regularidad perfecta un trono antiguo.

A las cuatro echa la fragata el ancla en la bahía de Cook, en medio de un desencadenado vendaval, y con gran sorpresa vemos acercarse un ballenero

conduciendo á un viejo danés, personaje absolutamente imprevisto, pues la llegada de un europeo de carne y hueso venido de Rapa-Nui destruye las ideas legendarias inspiradas por la isla.

El anciano danés nos dice que es en la isla el único europeo, que ha sido enviado á ella por Brader, rico plantador de Papeiti, con objeto de establecer en Rapa-Nui el cultivo de la batata. Después nos descubrió su ambición de hacerse nombrar rey de la isla de Pascuas por la población actual, reducida á tres ó cuatrocientos habitantes, restos de la numerosísima antigua, diezmada por los terremotos y otros desastres.

Un remero indígena, llamado Petero, sube al buque, y la impresión causada por su aspecto jamás se borrará de mi memoria, pues solamente la isla de Pascuas puede producir aquella figura medio fantástica. Petero está desnudo, con excepción de un cinturón de corteza de moral, en sustitución de la antigua hoja de parra, y es pequeño, ágil y nervioso como un gato; sus cabellos desgredados, de un color rojo desconocido en Europa, parecido á pelucas de las momias de los Incas, están reunidos sobre la frente en una especie de plumeros atados con tallos; aparenta unos veinticinco años, y su cara delgada y enérgica tiene una forma y una expresión agradables, aunque un sí es no es diabólica; sus ojos, desmesuradamente grandes, son tristes y extraviados, y sus labios gruesos están pintados de azul. Jamás hubiera creído, ántes de haberlo visto, que un ser humano pudiese realizar con tal perfección el tipo de los trasgos.

Petero ha pasado la tarde en nuestra compañía bailando y cantando los aires de su patria, y mientras cautivaba nuestros oídos y nuestros ojos, muchas piraguas atestadas de salvajes rodearon la fragata con objeto de cambiar sus ídolos por vestidos.

Mañana á las cinco iremos dos compañeros y yo á tierra, y Petero, con quien hemos quedado citados, nos esperará en la playa.

4 de Enero.

Salidos al amanecer esta mañana con tiempo frío y cubierto y brisa del Este que empujaba gruesas nubes negras, hemos visto en el cielo y sobre los volcanes tintas imposibles de describir. Pasamos por entre las rompientes guiados por la silueta de Petero, quien nos esperaba sobre una roca como un ave marina. Sus gritos despertaron á los pobladores de la bahía, y en un instante la playa se cubrió de salvajes, los cuales salían de chozas tan extraordinariamente bajas, que parecían incapaces de abrigar seres humanos: todos agitaban sus lanzas de pederual, sus pagayas y sus antiguos ídolos. Esta es la isla de Pascuas, Rapa-Nui, tal como yo la soñé, y estos hombres, tan violentamente agitados, últimos

restos de su misteriosa raza, me parecen un pueblo de fantasmas. Nuestra canoa tomó el largo, mis compañeros me abandonaron y quedé solo entre mis nuevos huéspedes.

Había en aquel recibimiento tanto de imprevisto y de sorprendente, que aún los más insensibles se hubieran sorprendido, y yo me sentí, á mi pesar, penetrado por un cierto terror, si bien irreflexivo, pues aquellas caras, á las cuales la pintura podía dar, á primera vista, cierto aspecto feroz, parecían buenas y dulces, y todas tenían el mismo aspecto extraviado y salvaje cuyo tipo era Petero.

Cantaban á mi alrededor una especie de melopea plañidera y lúgubre; me examinaban al par con curiosidad, y acompañaban su canto con un monótono balanceo de la cabeza y de la cintura, presentándome cada uno un ídolo informe y gesteró, al cual, y no á mí, parecía dirigirse su canto.

Después, de repente, se animaba el ritmo; las voces daban notas roncadas y precipitadas, y la danza se tornaba furiosa y frenética. Se había formado tan espontáneamente el coro, que no me fué posible adivinar la causa, y Petero no me comprendió cuando le pedí la explicación.

Petero me cogió una mano, un jefe anciano la otra, echamos á correr, y toda la población nos siguió, hasta llegar delante de una choza construida junto á un peñasco; propiedad del jefe, cuya entrada microscópica guardaban dos ídolos de granito que podrían tener 40 centímetros en su mayor dimensión. Invitado á entrar, lo hice al modo de los gatos, y fui á sentarme en una estera entre la mujer y la hija del jefe.

Habiéndome ocurrido dibujar á uno de ellos con todas sus complicadas pinturas, la admiración pública llegó á su colmo, y hubo necesidad de dibujar á todos los circunstantes y á sus ídolos, cosa un poco larga.

Despedíme del anciano jefe, y Petero me llevó á una lejana choza donde se fabrican lanzas, en cuya choza hice conocimiento con María y Jueritai, dos graciosos tipos de muchachas de Rapa-Nui.

Al salir de la choza volvió á empezar la danza de las pagayas; Petero me llevó otra vez corriendo á casa del anciano jefe, quien esta vez nos recibió en una gruta unida á su habitación. El jefe tenía enteramente el aspecto de un mago antiguo; y su elevada estatura, sus largos cabellos, sus pinturas y su costumbre de sentarse como una bestia salvaje, le daban cierto aire casi terrible; pero de cerca, tenía la fisonomía más dulce posible, y lo mismo sus hermanos Atamon y Huger, habitantes de la vecina choza. La mujer del jefe parecía á su lado asquerosa, y es imposible imaginar más suciedad unida á mayor impudor.

A las nueve se siente un gran ruido en el exte-

rior; son Lamotte, el comandante y otros dos, acompañados por un gran número de salvajes. Me brindan con su ballenero, y acepto; mas como el ballenero está anclado en la bahía de Cook, á dos kilómetros de allí, unimos nuestros acompañamientos con gran solemnidad; los salvajes cantan como niños grandes, es decir, como lo que son.

El comandante admira mis tesoros, pues nada parecido ha visto, y me ruega le proporcione un ídolo como los míos, juzgándolo cosa fácil, atendida mi intimidad con los salvajes; y, para facilitar el cambio, me da su gaban, objeto de un valor inestimable en aquel país. Trato del cambio con mi amigo el anciano jefe, proponiéndole la cesión de una figura de madera, piadosamente envuelta como una criatura en su taparrabos de corteza de moral. Otro jefe me llevó á su cabaña, solitariamente colgada en la hendidura de un peñasco, y, deseoso de poseer una cajita de fósforos suecos, de mi pertenencia, me propone cambiarla por unos pendientes de espina dorsal de tiburón, propuesta aceptada inmediatamente por mí.

A las diez vuelven mis compañeros, después de haber cazado hácia el gran cráter de Rarro-Kan, pero no han encontrado conejos, y solamente traen algunas gaviotas blancas, las cuales distribuyen á las mujeres. Yo los esperaba sentado sobre la yerba, rodeado por mis nuevos amigos, cuyas mujeres son por lo general lindas y van vestidas con las túnicas de fabricación francesa usadas por las Tahitianas; María y Jueretai se encontraban entre ellas.

La bahía de Hanga-Roa, á la cual se dirigen las canoas, es semi-circular, y está dominada por terrenos dispuestos en anfiteatro, sobre los cuales están edificadas las ocho ó diez casas de la aldea. Allí nos sentamos para aguardar la llegada de las embarcaciones de la fragata.

Encima de un monte más elevado se halla una parte de la población más miedosa ó más salvaje, con la cual no pudimos entablar relaciones; allá están escalonados sobre las piedras, sentados y tan misteriosos é inmóviles como las esfinges egipcias. Los hombres están pintados; las mujeres cubiertas con un manto blanco, coronadas de hojas, y con los cabellos anudados á la moda antigua; parecen druidas inspiradas y silenciosas. El monte ocupado por ellos es el único punto iluminado por el sol, y se destaca sobre el fondo oscuro de las nubes y de los cráteres, formando un espectáculo imponente, extraño, inverosímil.

El ballenero del comandante atraviesa entre las rompientes, y me arranca de la contemplación del espectáculo; llega reclamando su ídolo, y marcho á terminar el contrato á casa del anciano jefe, acompañado por la muchedumbre. Poco después llega la canoa mayor, y nos despedimos de nuestros amigos.

Durante el almuerzo, mis muñecos de madera son admirados y envidiados, y concluido, la canoa mayor nos lleva otra vez á la playa, en la cual nos aguardaban, como antiguos amigos, Ibuga, Atamon y Jueretai; nos paseamos juntos por la aldea, y luego me voy á dormir sobre una estera en la cabaña del anciano jefe, abanicándome Atamon con un espantamoscas.

La cabaña es un óvalo cuyo diámetro mayor mide cuatro metros, y dos el menor, teniendo un metro cincuenta centímetros de alta su parte central; su construcción es abarracada, sus maderas palos de palmas, su cubierta de paja. Los inquilinos son el jefe, su mujer, sus dos hijos, su hija, su yerno y su nieto, y además de estas siete personas hay gallinas, conejos y siete gatos, á cuya vista y paciencia se pasean los ratones como por su casa. Cuando la vista se acostumbra á la oscuridad, se aperciben vagamente los objetos colgados en las paredes, los cuales son ídolos metidos en estuches de paja, como si fueran botellas de Champagne, lanzas de pedernal, pagayas de figura humana, adornos de plumas, arreos de baile y otra porción de utensilios de rara forma, uso problemático y gran vejez. Las demás chozas se parecen á la descrita.

Accediendo á mi deseo, me acompañó Atamon al Morai de la bahía de Cook. Los indígenas llaman Morai á los monumentos misteriosos de antiquísimos tiempos, pues aún cuando Morai propiamente significa *sepulcro*, con la misma palabra designan á los ídolos, cuyas extrañas figuras quizás recuerdan á los muertos, de quienes acaso pretenden ser retratos.

Vamos por el camino costanero de la bahía de Cook, y Atamon nos enseña las ruinas de una casa, cuyas paredes exteriores no más quedan en pie, diciéndome haber sido la habitación de un *papa farani*, ó padre misionero, y me refiere, con enérgica acción, una historia, al parecer muy interesante, pero de la cual no comprendo una palabra. Entiendo haber habido tiros, lanzazos, gente oculta tras las peñas, una novela dramática, y Atamon, persuadido que lo he comprendido perfectísimamente, me coge por la mano y seguimos nuestro camino.

Ante nosotros se levanta un montículo formado de piedras amontonadas, semejante á los cromlechs galos, dominando por un lado el mar y por otro la desierta llanura; Atamon me asegura ser el Morai, subimos á él, le pregunto por las estatuas, y él, con piadosa señal, me señala el suelo. Miro, y me hallo sobre la barba de uno de los colosos, caído de espaldas y contemplándome con los dos agujeros de sus ojos. Era tan informe y tan grande, que no había reparado en él, ni en los demás, todos revueltos, caídos y medio rotos.

Enfrente del Morai se extiende una bella playa

circular cubierta por finísima arena blanca como la nieve, formada de coral pulverizado, entremezclada de pedazos de coral encarnado y de preciosas conchas.

El mal tiempo precipita nuestro regreso, pues Atamon teme la lluvia; la brisa sopla cada vez con mayor violencia, doblando las yerbas de toda la llanura, y empujando nubes tan negras, que los cráteres se destacan claramente sobre aquel fondo siniestro. Dejamos pasar un chaparrón, cubiertos en la hendidura de unos peñascos.

Las cercanías de la bahía de Hanga-Piko estuvieron muy animadas esta tarde al marchar las canoas; todos los oficiales estaban allí sentados en medio de los naturales, los druidas y los misteriosos observadores allá arriba, y yo entre mis amigos Petero, Atamon y el anciano jefe; María y Jueritai llegaron corriendo á reunírsenos. Los salvajes cantaron, y hubiera querido transcribir algunas de sus canciones, pero sería necesario otra anotación, pues la usada es insuficiente.

La música de los Tahitianos es alegre y sencilla, pero la de los habitantes de la isla de Pascuas, al contrario, es extremadamente triste, compuesta de frases aisladas, cortas, y terminadas por cadencias rarísimas; los hombres cantan en falsete, pero las mujeres emiten notas extraordinariamente dulces.

En el momento de la llegada de la canoa mayor, llega también la criatura más rara del mundo; pequeña, gruesa y con cara de china de abanico, peinada cuidadosamente, vestida con una túnica de muselina amarilla y otra encarnada encima, lleva los labios ligeramente pintados, se adelanta dando saltitos y haciendo monadas y se sienta modestamente. Petero me afirma que es la mujer del *papa forani*, lo cual no poco me sorprende al principio, pero luego sé que es la esposa morganática del viejo danés.

Hanga se empeña en llevarme él mismo á la canoa, temeroso de un accidente, y por fin nos marchamos.

5 Enero.

Al día siguiente, habiendo conseguido una canoa otro compañero y yo, y á pesar de soplar contraria la brisa, mojándonos desde la cabeza hasta los pies, marchamos á la isla; pero equivocando el camino por querer ir más directos á la bahía de Cook, arribamos frente á las ruinas de la casa del misionero, adonde llegan á recibirnos Atamon y otros salvajes desconocidos, de los cuales adquiero un diosillo con la cabeza llena de plumas negras. Llevo al compañero á ver el Morai, del cual debemos al medio día sacar algunas estatuas, y los indígenas organizan una danza parecida á las de legiones de trasgos.

Volvemos á la aldea, encontrando en el camino muchos amigos; el anciano jefe sentado en la cavidad de un peñasco, murmurando frases ininteligibles, después su esposa y su hija arrancando batatas, y todos nos saludan dándonos las manos y diciendo: *ya orana tais*, esto es, siempre amigos.

Deseo adquirir uno de los adornos de cabeza formados de plumas negras, distintivo de los jefes, y Petero me acompaña á buscarlo, conduciéndome sucesivamente á varias guaridas, donde hallamos sentados viejos, pintados, inmóviles como momias, los cuales no parecen notar mi presencia; uno, no obstante, trabaja en arrancar los dientes á una mandíbula humana para poner un ojo á su ídolo. Allí había varios bellísimos tocados, pero pedía por ellos precios fabulosos: mi pantalón de hilo blanco, mi casaca de guardia marina con sus galones y sus distintivos de plata, metal desconocido en aquel país. Era demasiado caro, y fué necesario renunciar á adquirir el adorno.

Llegamos á la habitación del anciano danés Adam Smith, antigua casa de misioneros, y la única no arruinada; es grande, rodeada por un jardín y por un seto vivo. La esposa morganática nos ve desde una ventana, se apresura á adornarse con su túnica amarilla, se abriga con la encarnada, y viene á recibirnos sonriendo y saludándonos con gracia. Su amo y señor está ausente, y nos convida con una jarra de agua dulce, cosa preciosa en aquel país, en el cual no se halla sino después de las grandes lluvias en ciertos charcos del cráter de Rarro-Kan. Los indígenas la conservan en calabazas, donde fermenta, y aquellas pobres gentes, alimentadas con líquenes y batatas, tienen necesidad algunas veces de privarse de beber.

Abierto encima de una mesa había un gran cuaderno, y hojeándolo distraídamente me llamaron la atención algunas palabras inglesas. Era el diario del danés, en el cual anotaba todos los días sus impresiones, sus dificultades con los naturales, todos los acontecimientos de su extraña existencia.

Al volver, se empeñan muchos salvajes en vendernos conejos, comercio desagradabilísimo, pues cada indígena cria muchos de dichos animales y atormenta al extranjero por vendérselos, según el precio establecido por los marineros, ó sea un alfiler por cada conejo.

Llegamos á bordo, donde el almirante me espera impaciente, para enviarme á sacar un dibujo de la estatua antes de arrancarla de su sitio, con objeto de enviarlo al Ministerio. Dispuesta la chalupa, nos embarcamos con cien hombres, mandados por el teniente de navío Mr. Rodolphe, para ir á traer el coloso. Estando demasiado cargada la embarcación nos fué difícil atravesar las rompientes; pero al fin conseguimos amarrarla en una posición adecuada.

Los salvajes, atraídos por la novedad, se habían reunido en gran número y lanzaban agudos gritos; había entre ellos muchos venidos de la bahía de la Perouse, al otro lado de la isla, desconocidos para nosotros. Los cien hombres de Mr. Rodolphe marchan al Morai formados, al paso, y precedidos por sus trompetas, cuyo sonido proporciona á los salvajes una alegría indescriptible.

También lo es la escena del Morai, donde los indígenas, siguiendo nuestro ejemplo, se muestran tan vándalos como nosotros. Al cabo de una hora todo estaba derribado, las estatuas rotas, trastornadas, pero sin saberse aún cuál tendría el honor de quedarse sin cabeza para que fuese á figurar en el museo del Louvre, entre las divinidades egipcias y asirias.

Los naturales mezclaban su repugnante trabajo con bailes y cantos que nada de humanos tenían, excepto un jefe viejo, apartado, inmóvil, con la cabeza adornada de negras plumas, y mirando con tristeza aquella escena de destrucción; sólo él había conservado el respeto á las cosas santas.

La estatua elegida estaba tendida con la cara contra el suelo; pero por fin cede al empuje de las palancas, rueda sobre sí misma y cae de pronto de espaldas; su caída da la señal de una danza general de salvajes mezclada de espantosos gritos y saltos sobre la estatua. Los muertos de las primitivas razas no habrán oído un tal alboroto durante su sueño en el Morai, sino cuando sus estatuas cayeron de vejez una á una de cara á la tierra.

Concluido mi croquis para el almirante, tomé con Atamon el camino de la aidea, donde encontré á Hanga trabajando apresuradamente para fabricar mi deseada corona de plumas negras, concluida en la misma tarde.

Mientras estaba esperando, el anciano jefe de Rapa-Nui me mostró con amabilidad un polvo negro, contenido en una caja de hojas secas, llamado por él Tatu; y me propuso pintarme de azul con dicho polvo, operación desdeñada por mí.

A las cinco llegué á bordo, llevando en triunfo dos coronas, una de plumas negras y otra de plumas blancas, las cuales llamaron la general atención.

Después de comer, el comandante me propuso acompañarle al día siguiente al cráter de Rarro-Raroku, situado al otro lado de la isla, á seis leguas de la bahía de Cook.

6 de Enero.

A las cuatro nos pusimos en marcha, desembarcando en la bahía de Cook, cerca de la aldea, cuyos fuegos distinguimos; el cielo está enteramente cubierto, menos por el Oriente, hacia cuyo lado un desgarron de las nubes nos deja ver el pálido color

de la aurora. Pasamos al lado del Morai, cuyo aspecto es siniestro, y no hallando al anciano danés, quien debía aguardarnos á la orilla del mar para servirnos de guía, seguimos andando sobre la húmeda yerba, desapareciendo el mar y la fragata detrás de las sinuosidades del terreno al cabo de media hora de marcha por la parte de la isla cubierta en los mapas de los misioneros por el nombre de *Tekanhangearu*, escrito en gruesos caracteres por el obispo de Tahiti. Dicho nombre es el más antiguo dado á su isla por los indígenas.

En la época floreciente de la isla, aquel país central estaba deshabitado; hoy sus desoladas llanuras están cubiertas por innumerable cantidad de piramidillas de piedra, las cuales le dan el aspecto de un inmenso cementerio.

Llueve, amanece, pero el tiempo sigue amenazador, y el horizonte formado por cráteres, todos cónicos y todos de igual color. Las pirámides están compuestas de piedras brutas, superpuestas las unas á las otras; el tiempo las ha teñido de negro, y parecen estar allí hace siglos.

Marchamos entre la yerba húmeda, la cual nos llega á la rodilla, cuya yerba es igual y cubre enteramente toda la isla: es una planta salvaje de tallos leñosos y de un verde agrisado con algunas perceptibles flores violadas, de las cuales se levanta una multitud de insectos. Atravesamos luego un valle, cuya vegetación es algo menos uniforme y triste, pues crecen cañas dulces salvajes, y arbustillos de mimosas. Es muy de notar la ausencia completa de árboles en la isla de Pascuas, cuando quedan vestigios de su antigua vegetación arbórea.

Hemos atravesado la isla en su mayor anchura, y nos encontramos en la orilla del Pacífico, almorzando allí, en la casa mision de Vaiha (habitada por una vieja salvaje de sorprendente fealdad), con el anciano danés, al cual nos habíamos reunido en el camino, quien nos mostró bastante lejos el cráter de Rarro-Raroku, en el cual reconocemos la forma regular de trono antiguo que tanto nos chocó cuando lo vimos desde el mar. Sepáramos de él cinco millas de desierto, el cual asegura nuestro guía no visitar jamás los indígenas, á pesar de cuya aseveración, está cubierto de senderos tan trillados como si todos los días anduvieran por ellos muchas personas. Esto sugiere al comandante la sospecha de ser los salvajes quienes van clandestinamente al cráter para verificar en él alguna ceremonia misteriosa.

Entre Vaiha y Rarro-Raroku el suelo está cubierto de ruinas, y los senderos corren entre antiguos cimientos, gruesos muros y restos de construcciones gigantescas. Inmensos terraplenes, construidos al borde de los derrumbaderos de la orilla, estaban en otros tiempos cubiertos de estatuas, subiéndose á dichos rellenos por gradas parecidas á las de los

antiguos templos indios. Ahora todos los colosos están caídos, con las piernas levantadas y la cabeza medio enterrada, habiendo rodado lejos de ellos los inmensos gorros de lava encarnada, adorno en otro tiempo de sus cabezas. En medio de dichas ruinas descubrieron los misioneros hace algunos años unas tablillas de madera llenas de geroglíficos, aún indecifrables.

Las estatuas se multiplican conforme nos acercamos al cráter, creciendo al par sus dimensiones; ya no se las halla solamente en los terráplenes, sino por todas partes.

Después de tres horas de marcha, vemos en la subida del cráter unas grandes estatuas, aún de pie, las cuales proyectan sombras de desmesurada longitud; están agrupadas en desorden y á casi todas las miramos de frente; vemos unas cuantas vueltas hácia el Norte, cuyos perfiles y enorme nariz distinguimos.

El contraste entre los nuevos colosos y los ántes conocidos es grandísimo, pues los nuevos carecen de cuerpo y sólo sus cabezas sobresalen del suelo; su expresión es burlona ó despreciativa, y sus largas y aplastadas orejas se parecen desde lejos á las de los pescadores egipcios. Evidentemente estas estatuas pertenecen á una época distinta de las otras, pues son mucho más groseras, algunas están pintadas y llevan en el cuello y en las orejas adornos de pedernal incrustados. Es muy agradable pasearse entre este mundo de piedra, con el cráter casi sobre nuestras cabezas, á nuestros piés estas llanuras desiertas y llenas de estatuas, y por horizonte el Océano Pacífico.

Regresamos muy de prisa, dejando atrás á todos mis cansados compañeros, unos con los piés estropeados y otros muertos de hambre ó sed: el anciano danés obliga á su caballo á saltar sobre el Morai y recoge una porción de cráneos para el doctor, dedicado al estudio de las razas primitivas.

Tengo el proyecto de pasar ántes de la noche por el cráter de Rarro-Kan, al cual, á pesar de haberme extraviado, llego, viendo que es un inmenso coliseo de perfecta regularidad, dentro del cual fácilmente pudiera maniobrar un ejército entero. Allí se refugió con su pueblo el último rey indígena, y allí fueron todos muertos en la invasión peruana: cuantos caminos conducen al cráter están llenos de osamentas humanas, encontrándose aún esqueletos enteros acostados en la yerba; pero los naturales no tienen hoy respeto hácia los restos de sus abuelos, y se divierten con un cráneo como si fuera un objeto grotesco.

Nuestra visita á Rapa-Nui es muy larga, y á las seis de la mañana me despido con el corazón oprimido de mis pobres amigos los salvajes, á quienes jamás volveré á ver.

A las ocho me envía á llamar el almirante para preguntarme si podría proporcionarle, antes de la partida de la fragata, un ídolo de cierto tamaño y con otras condiciones, diciéndome que me enviará mañana á tierra, si tengo probabilidad de satisfacer sus deseos, y queda muy admirado cuando le afirmo que á las seis estaré de regreso con la estatua pedida. Siento una gran alegría por ver otra vez, en primer lugar, á Hanga, y luego á Atamon y mis otros amigos, y el intérprete me enseña unas cuantas frases de idioma maorí, para llamar muy de mañana á la puerta del anciano jefe, en cuya cabaña he visto la estatua encargada por el almirante.

7 de Enero.

A las cuatro marchó en el ballenero del almirante, con buen tiempo, admirando el aspecto de la aldea, tan fantástico como el día de mi primera visita. Véanse algunas hogueras entre la yerba, junto á las cuales velan la cocción de las batatas algunos salvajes madrugadores.

En cuanto el anciano jefe sabe mi llegada, viene á mi encuentro; le ofrezco, á cambio de su ídolo, un hermoso gaban del almirante, el cual se pone en seguida, y yo me apresuro á disponer mi regreso con el objeto tan fácilmente adquirido. Al instante llegan á verme todos mis amigos, Hanga, envuelto en un manto de corteza de moral, Petero, Atamon y los demás, despidiéndome otra vez de ellos; pues dentro de pocas horas, la isla de Pascuas desaparecerá por completo á mi vista, y, no tan sólo no les volveré á hablar, sino nadie me hablará de ellos. Empieza á amanecer cuando parto, dejándolos á todos en la playa.

El almirante está preocupado por la suerte del viejo danés, pues aunque los naturales de Rapa-Nui no son malos ni crueles, de cuando en cuando se encuentran en el interior de la isla algunos viejos jefes de aspecto poco tranquilizador, y jamás se alcanza á saber á qué grado de ferocidad puede llegar un salvaje, amable y pacífico por lo común, cuando está excitado por una pasión desconocida á los hombres civilizados, ó por una misteriosa superstición. En una palabra, el almirante se había entretenido en estudiar los proyectos de los salvajes relativamente al anciano danés, y creía que esperaban nuestra marcha para comérselo.

Cuando, al cabo de algunos meses, la goleta de Mr. Brander venga á recoger la cosecha de batatas, le contestarán que Adam Smith ha muerto, y nadie sabrá cómo ni por qué causa.

JULIAN VIAUD.

LA DISTRIBUCION GEOGRÁFICA DE LOS MONOS.

En las regiones árticas, es decir, al Norte de la Europa, del Asia, etc., no se encuentra el mono; sin embargo, en Gibraltar se ha encontrado una especie. Tampoco los hay en Australia, donde son marsupiales los que existen: un solo mono habita las Celebes. No obstante, los monos abundan en el Sur de América, del África y del Asia.

Debe hacerse constar un hecho no ménos curioso, cual es que los monos del antiguo y del nuevo mundo difieren mucho así en estructura como en dentadura. Los monos del antiguo mundo tienen la misma dentadura que el hombre, y los del nuevo mundo tienen dos pequeños molares más.

Los monos africanos comprenden los *trogoditas*, es decir, el gorilla y el chimpancé, los *cólobos* los *cercopitecos* y los *cinocéfalos* ó *papiones*. El gorilla no es verdaderamente bien conocido sino despues de 1846, gracias á los trabajos del doctor Laville, de Boston: habita un distrito limitado. En Inglaterra fué una vez exhibido un gorilla jóven en una casa de fieras, pero no fué reconocido. M. Walker, de Gabon, ha tenido muchos gorillas jóvenes apasionados una veintena de años. En 1873 alimentaba un ejemplar muy hermoso con huevos y leche, pero desgraciadamente se le escapó. Sería de desear que pudieran tenerse gorillas en todos los jardines zoológicos. En este concepto, el Jardin de aclimatacion, en el bosque de Boulogne de Paris, ha sido favorecido en 1874.

El chimpancé se encuentra en la costa Oeste del Congo, habiendo encontrado Livingstone en las riberas del lago Tanganyika otra especie de mono antropóideo al que llama *soko*. El orangutan asiático es muy conocido desde hace más de un siglo, y puede considerársele como un hermano amarillo del chimpancé. Abunda en Sumatra y Borneo, vive en las selvas bajas, y los naturales le dan el nombre de *mias*. M. Wallace ha visto diez y siete ejemplares en dos meses, y muchos tenían más de cuatro piés de alto.

Entre los *hilobatos* ó *gibones*, es preciso contar seis ó siete especies que viven en las grandes islas asiáticas. Algunos de estos monos poseen una voz melodiosa, habiendo recibido uno de ellos el nombre de *hoolook*, á causa de los sonidos musicales que produce: los demas no exhalan más que gritos. Tambien la India posee numerosos monos: podría decirse que cada bosque posee allí su mono distinto, debiendo contarse de 16 á 20 especies de *macacos*. El *albino*, ó mono puramente blanco, es allí muy estimado por los rajahs indios. Se conocen en aquellas regiones todavía de 25 á 30 especies de *cercopitecos*,

todos de cola larga, formando algunos realmente muy lindos animales frecuentemente de muy diversos colores.

Los papiones no tienen costumbres absolutamente ligadas á los bosques; se les ve con frecuencia buscar su alimento en el suelo: todos son africanos. A su especie debe, sin embargo, relacionarse la que existe en de las rocas de Gibraltar.

El nuevo mundo nos ofrece ocho especies de monos: los *atelos* ó monos arañas, *lagotrix*, *micetos* ó chillones, *cefos* ó capuchinos, el mono negro, el *paracacu*, el *ouakari*, etc.: deben añadirse además dos familias de *titis* insectívoros. Los monos arañas y los chillones tienen un espacio desnudo en la extremidad de la cola, de que se sirven como de una especie de dedo: los capuchinos tienen tambien la cola prensil, pero la extremidad de ella está cubierta de pelo. El *lagotis* ó *barrigudo* es un animal muy lento, se mueve con trabajo, y es muy fácil de coger; existe en el valle del Amazonas. En cuanto al ouakari, no tiene más que un pequeño tronco de cola, lo que es una verdadera excepcion entre los monos americanos: los que lo descubrieron creyeron que el ejemplar que acababan de coger tenía cortada la cola por un accidente. Mucho tiempo despues fué cuando se adquirió la conviccion de que el hecho era natural.

Los *lemurianos* han recibido este nombre de la palabra latina *Lemur*, *fantasma*, por ser todos nocturnos. Se conocen 37 especies, casi todas encontradas en Madagascar. El Asia posee cuatro, el Africa ocho, como el galago y el potto. Esos animales son á veces cogidos por perezosos. El *ay-ay* se encuentra tambien en Madagascar, y á este propósito acaba de hacer una curiosa observacion M. Bartlett, la cual consiste en que el ay-ay, léjos de alimentarse de hojas, como se decía, se alimenta de la sávia de los árboles, y emplea sus largos incisivos para procurarse este alimento, haciendo excavaciones en la corteza y trayendo entónces con las manos á la boca la sávia que en aquellos se aglomera naturalmente. Encerrado el ay-ay, rehusa toda especie de hojas, y M. Bartlett lo alimentaba con leche, miel y huevos que colocaba en un tronco de árbol. Cuando acababa de apoderarse del alimento, volvía al agujero á ver si habia más, y sus largos dedos le servían precisamente para sacarlo de esas cavidades.

J. SIERERT.

MISCELÁNEA.

La impresion de los sonidos débiles.

Un profesor de Viena, M. Urbantschitsch, acaba de hacer en sí mismo un experimento que cualquiera puede repetir y que se refiere, sin embargo, á las cuestiones más delicadas de la historia de nuestros sentidos. M. Urbantschitsch había querido darse cuenta de la delicadeza de su oído, y buscando á qué distancia podía oír distintamente el tic tac de un reló, observó que cuando se colocaba en un sitio silencioso, bastante léjos del reló para que el sonido fuese lo más débil posible, pero se oyera con claridad, llegaba un momento, si la atencion se prolongaba, en que el tic tac se debilitaba todavía más y concluía por extinguirse. Diríase que el reló se había parado.

Pero al cabo de algunos instantes se oía de nuevo el sonido con la misma intensidad que ántes, para cesar de nuevo. El autor de esta inesperada observacion aseguróse primero de si realmente se paraba el reló ó si por consecuencia de mayor ó ménor imperfeccion en el mecanismo del reló se hacia el sonido más débil en ciertos espacios de tiempo, de modo que no pudiera percibirlo el mismo oído que lo notaba perfectamente algunos momentos ántes.

M. Urbantschitsch hizo escuchar á varias personas el mismo reló, y se aseguró por este medio de que las faltas del sonido no se notaban en todos los observadores al mismo tiempo, y por lo tanto no consistían en el mecanismo en el reló, sino en el oído. Despues hizo el mismo experimento con otros sonidos continuos de uniforme intensidad, como el de un caño de agua, y notó que le sucedía lo mismo que con el reló; es decir, que todos los sonidos muy débiles, producidos á cierta distancia, no impresionan el oído de una manera continua. Se les oye, y luégo se les deja de oír para oírlos de nuevo despues de una interrupcion más ó ménos larga de la sensacion. Sucede algo análogo á lo que se observa cuando se intenta fijarse de noche en una luz de débil intensidad; desaparece por momentos de la vista y reaparece al cabo de algunos momentos.

Explicase esto admitiendo que, cuando los nervios de la vision ó del oído reciben una impresion á la vez débil y continua, se produce en ellos un cansancio de una especie particular que suspende la funcion, despues de lo cual, el órgano, que ha reposado unos momentos, ve y oye mejor el resplandor ó el sonido.

M. Urbantschitsch se ha asegurado tambien de

que el nervio acústico, y no otra parte del oído, es el que sufre esta especie de cansancio, producida sin duda alguna por la atencion.

El Anuario científico de Luis Figuier.

Acaba de publicarse en Paris *L'Année scientifique* (1875), de Luis Figuier, origen en Francia de multitud de producciones, similares las unas como los anuarios científicos de Parville, Deherain, Enrique Berthoud, etc., y paralelas las otras como los anuarios geográfico, histórico, agrícola, literario y musical.

Diez y nueve años de publicacion representa una perseverancia del público y del autor del que quisiéramos tener alguna muestra en España.

Entre los trabajos admirablemente clasificados que contiene, nos han llamado la atencion el que se refiere á las materias explosivas, que completa el del año anterior sobre el mismo asunto, y la monografía de los trabajos del túnel de San Gotardo.

Noticias.

En el mes de Abril próximo se verificará en la Sorbona la 14.ª reunion de las Sociedades científicas de las provincias de Francia, estableciendo las empresas de ferro-carriles billetes de ida y vuelta á bajo precio para favorecer la concurrencia. En Francia, como se ve, no se detiene ni se interrumpe el movimiento científico.

—En Inglaterra se ha ensayado estos últimos dias un sistema de balsa de vapor inventado por M. Egerton con objeto de trasportar trenes enteros del ferro-carril de Douvres á Calais. Constituye un enorme buque de 318 piés de ancho por 600 de largo. Los gastos de construccion se han elevado á dos millones y medio de francos.

—Uno de los comisionistas americanos que existen en Roma para la compra de obras de artistas españoles, ha enviado á Nueva-York una riquísima coleccion de acuarelas que se han vendido á buenos precios, y entre las cuales figuran algunas muy notables de Perea, Mejía, Avendaño, Carreño, Pradilla, Galofre, Agrassot, Plasencia, Madrazo, Comba y otros.

—La ciencia acaba de perder uno de sus representantes más ilustres en Francia, M. Adolfo Teodoro Brongniart, decano de la seccion de botánica de la Academia de Ciencias y profesor de anatomía y fisiología en el Museo de Historia Natural.

—En el año último se han publicado en Alemania 12.516 obras nuevas, ó sea 473 más que el año anterior.